

INSTITUTO CARO Y CUERVO
FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO
PROGRAMA ACADÉMICO

COMO NUBE QUE SE VA
ANTONIO TORIBIO ARÉVALO VILLALBA

BOGOTÁ
2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO
FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

COMO NUBE QUE SE VA
ANTONIO TORIBIO ARÉVALO VILLALBA

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE MAGISTER EN
ESCRITURA CREATIVA

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO: GIUSEPPE ERNESTO CAPUTO CEPEDA

BOGOTÁ

2022

TABLA DE CONTENIDO

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. **TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:**
Magister de escritura creativa

2. **TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:**
Como nube que se va (Novela)

3. **SI AUTORIZO** **NO AUTORIZO**

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Antonio Toribio Arévalo Villalba

Documento de Identidad:

CC 73133113 de Cartagena

Firma:

Antonio Arévalo

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

| Apellidos | Nombres |
|------------------|-----------------|
| Arévalo Villalba | Antonio Toribio |

DIRECTOR (ES)

| Apellidos | Nombres |
|---------------|------------------|
| Caputo Cepeda | Giuseppe Ernesto |

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en escritura creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Como nube que se va

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa

CIUDAD: Bogotá, 2021

NÚMERO DE PÁGINAS: 67

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

| ESPAÑOL | INGLÉS |
|----------------|---------------|
| Viaje | Trip |
| Madre | Mother |
| Padre | Father |
| Ciudad | City |
| Contrabando | Smuggling |
| Mar | Sea |

RESUMEN DEL CONTENIDO español (máximo 250 palabras):

Novela de viajes ambientada a finales de los años 70s, que muestra el proceso de desintegración familiar narrada por la voz de un niño, quien lleno de temores cuenta su percepción de su padre y su madre y las múltiples aventuras que tienen.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

Travel novel set in the late 70s, which shows the process of family disintegration narrated by the voice of a child, who, full of fear, tells his perception of his father and mother and the multiple adventures they have.

Señora Santana ¿por qué llora el niño?
Por una manzana que se le ha perdido.
Yo le daré una, yo le dará dos,
una para el niño y otra para vos.

Yo no quiero una, yo no quiero dos,
yo quiero la manzana que se me perdió.

Ronda infantil.

Soy tan sólo un rumor.

Tom Waits

Capítulo 1

Me gusta el Centro. Hemos vivido en muchas partes, pero de todos los lugares que he conocido, el Centro es lo mejor. Ahora hemos llegado al Hotel Virrey, cerca de la Torre del Reloj. Es una casa vieja de tres pisos con una entrada estrecha que conduce a las escaleras, pintada de blanco. Papá encontró el hotel y nos fue a buscar al parque donde lo esperábamos con las maletas mientras tomábamos café. Papá dice que le gustó el precio y la fachada blanca. Nos recibe una señora gorda que no se levanta de la mecedora cuando llegamos, señala con los dedos el casillero de las llaves y nos da la habitación 302 en el último piso, que tiene un balcón hacia la calle, desde donde se ven los árboles de caucho y el edificio de la telefónica.

–Es un hotelito –dice mamá, sin entusiasmo.

A mí me parece bien, o por lo menos mejor que la pensión de la señora Fabiola en San Diego, que no quiso darnos llaves para entrar y tuvimos que tocar en la puerta como si fuéramos estudiantes. Papá insultó a la señora y le dijo que para eso él pagaba, pero a la señora no le importó y tuvimos que salir bien temprano. Por suerte consiguió este hotel. Así que está bien para mí, es mejor que andar cargando las maletas bajo el sol.

La habitación es amplia y limpia, tiene el piso de baldosas blancas y negras como un juego de damas y un abanico de techo que gira en silencio, dos camas grandes con sábanas blancas y una mesita con una lámpara amarilla. Pongo la mochila en la mesa cerca de la cama y me quito los zapatos con cuidado para que no se me desamarren, luego me acuesto en la cama y me estiro. Es dura, pero se siente bien. Mamá abre el armario, lo revisa y lo huele, saca algo de ropa de la maleta y la guarda en las gavetas, después cierra con cuidado. Esa es nuestra manera de sentir que estamos en casa.

Papá en cambio no se toma mucho tiempo en la habitación, pone su maleta sobre la cama, saca una muda de ropa, se mete al baño, se baña rápido, se peina, se pone la ropa que compró hace poco, se perfuma y nos dice que volverá en la tarde, le da un beso a mamá y sale a toda prisa, desde la escalera grita que almorcemos sin él. Mamá no alcanza a contestarle cuando ya él se ha ido, así que mamá sigue arreglando la habitación, mientras yo sigo acostado.

Papá va casi todos los días a Bocagrande a hacer sus negocios. A él le gusta pasar el día por allá, entrar en las oficinas y los hoteles, hacer nuevos amigos, hablarles de sus planes a los turistas y los extranjeros, ir a los comercios y al San Andresito a vender su mercancía. Él conoce a muchas personas y lo conocen también. Luego regresa con nosotros y nos cuenta sus aventuras. Nos habla del centro comercial que abrieron hace poco, del Templo de Cleopatra y todos esos nuevos lugares que están construyendo en la avenida. También del gringo gordo que le prometió llevarlo a Miami. Papá nos dice que su lugar es allá lejos, que todo esto es temporal, que el día que haga un buen negocio nos iremos muy lejos de este calor y de esta gente. Así dice.

Capítulo 2

Ya casi es mediodía y el calor nos aquietta, nos pone lentos. No hay mucho que hacer, así que saco mis cómics de la mochila y me pongo a mirarlos, pero el calor no me deja concentrar. El salitre se me pega en el cuerpo, siento que el sudor humedece mi camisa. Mamá también está quieta, solo se levanta para poner la máxima velocidad del abanico y vuelve a acostarse. Nos quedamos ahí, esperando que pasen las horas. Si papá estuviera aquí diría que parecemos unas iguanas bajo el sol. Yo duermo un rato, cuando me despierto mamá me dice que va a buscar un restaurante. Sale y regresa con dos cajas de cartón en las que trae el almuerzo. Después de comer, dormimos otro rato y el calor sigue igual de intenso.

En la tarde mamá aprovecha la quietud del hotel y se sienta en el pasillo que da al patio central y bajo la sombra de los almendros abre su cuaderno marrón y escribe con un lapicero de tinta negra. Mamá quiere mucho a ese cuaderno y lo guarda de primero cuando tenemos que mudarnos. Yo he mirado el cuaderno antes, pero no entiendo mucho lo que dice ahí, apenas reconozco las letras, aún no sé leer y me gustaría saber por qué es tan importante ese cuaderno para mamá.

Bajo las escaleras y voy al patio donde está mamá, me pongo a jugar al avión y luego veo que hay una tortuguita en una matera, le llevo hojitas, pero la tortuguita no me mira, está como aburrida, así que la dejo tranquila y juego un rato con un perrito colimocho hasta que yo también me aburro y me subo a la habitación a mirar mis cómics.

Esta no es la primera vez que vivimos en el Centro, hemos estado en varios hoteles y ya conozco a muchas personas aquí: al señor de la peluquería Jaramillo, que me corta el pelo con tijeras porque le tengo miedo a la navaja; al señor César, dueño de Foto Star, donde papá revela sus fotos; a la viejita que tiene una casa en la Calle del jardín, que nos arrendó un apartamento en su patio; al chino que vende empanadas en el Portal de los dulces y que anota con tiza el precio de lo que uno le pide; a Támara, el de la tienda frente a la universidad; al cachaco de la tiendita en la esquina de la Calle Gastelbondo; también conozco los almacenes Sears, Magali París y Fuller, el Circo Teatro, los cines y varios restaurantes donde voy con mis papás.

A mí me gustan las casas viejas, con la pintura levantada, con los techos a punto de caerse, con humedad en los pisos, con las señoras en las mecedoras en el pretil, con estudiantes de otros lugares que vienen a estudiar a la universidad. Del Centro también me gusta oír el pregón de los vendedores que pasan anunciando galletas griegas, arroz con leche, cocadas, bollos de mazorca, queso y muchas otras cosas que le pido mamá. Me gustan las calles que conducen a las murallas, sentarme a mirar el mar cuando no hace tanto sol y sentir la brisa, ver a los turistas que pasan y pensar que soy turista también y que me voy a lugares que no conozco.

El Centro es muy caliente y huele a sal, a veces huele a caño y se empozan las aguas negras en las esquinas, tal vez por eso la gente se está yendo a vivir a Bocagrande y a Manga, allá todo es nuevo y hay edificios altos y avenidas, pero cuando cae la tarde las calles del Centro se iluminan con los faroles y parece que toda la ciudad resucita, todo se refresca y la brisa mueve las palmeras y los palos de caucho y desde la muralla se ven a los alcatraces volando hacia Bocagrande.

Papá llega antes que anochezca, parece que le fue bien porque sonrío y dice que salgamos, que demos una vuelta por ahí. Mamá y yo nos bañamos, nos arreglamos y estamos listos para dar la vuelta que dice papá. Mamá sonrío también. Cuando bajamos la señora de la recepción sigue en la mecedora y nos hace señas con la boca que dejemos la llave en el casillero.

La brisa le agita el pelo a papá y él se sonrío. A esta hora a papá se le olvida todo lo que dice de la ciudad cuando se enoja:

- Es una ciudad en ruinas.
- Huele horrible.
- Aquí todo es difícil.
- Todo se lo roban.
- Negros flojos por todos lados.
- Tantos lugares buenos en el mundo y yo aquí, soportando este calor.

Caminamos sin prisa. Vemos pasar a los estudiantes que regresan del colegio, a los turistas que les toman fotos a los balcones, las carretas que llevan a guardar en los parqueaderos y la gente que sale de las oficinas. Pasamos por Sears camino al Parque de Bolívar, y me acuerdo de la pistola de plástico que papá no me quiso comprar en navidad. Pasamos por la refresquería de la Mona y llegamos al parque, ahí nos quedamos un rato, yo persigo palomas y maríamulatas y me miro en la fuente, papá toma café y mira a las turistas cuando pasan cerca a nosotros, mamá dibuja hojitas en el cuaderno y mira a papá mirando a las turistas, pero no le dice nada.

Después de un rato ya estamos aburridos y nos vamos, pasamos por el Portal de los dulces y papá compra un quinto de lotería.

-Dame este- le dice al vendedor y se lo guarda en el bolsillo de la camisa, después de persignarse, mamá compra dulces de coco y me da uno.

Luego cruzamos al Muelle de los Pegasos, que a esta hora se ha vuelto silencioso. El Ferry Dancing ya regresó de Bocachica y los botes han descargado sus mercancías y están quietos sobre la bahía, apenas con algunas personas en la cubierta. Veo el reflejo del sol que se apaga sobre el agua, cuando ya la noche empieza. Le pido a mamá un jugo de los quioscos y vamos allá, me siento en una de las sillas largas entre papá y mamá, que dejan de conversar y miran la bahía.

Anochece y todo cambia, se hace más fresco y azul. También se siente a la gente más animada. Escucho el golpe de las olas contra la madera de los últimos barcos que regresan a la bahía, bamboleándose suavemente. Otros ya están amarrados al muelle, en silencio, como esperando dormir. En algunos de esos barcos venden el whisky que papá les lleva, así que a veces alguien nos saluda desde la cubierta y papá le responde con la mano.

Una vez papá y yo subimos a uno de esos barcos, se llamaba *La Esmeralda* y era verde con blanco, con bodegas abajo y una casita arriba. El capitán era amigo de papá, traía y llevaba mercancías y maderas desde el Chocó, pero no los volvimos a ver. Ni al barco ni al capitán.

-Fueron los piratas -me dijo papá. Y yo le creí. Como en las películas, pensé.

Cerca está el Mercado de Getsemaní, se ve oscuro y silencioso, a mí me da un poco de miedo el silencio que se siente. De día es otra cosa, lleno de pregones y de ajeteo, de locales llenos de productos, de gente y de carretas.

Nosotros vamos algunas veces y he visto los pájaros enjaulados que traen de los Montes de María, las ollas de comida sobre los anafres en la calle, los pescados apilados, los cangrejos en las carretas, los camiones cargados de plátano, los vendedores de queso y de tomate. A papá no le gusta el mercado, no le gusta el barullo, el desorden y los olores a comida, pero ahí compra las camisas que le gustan, donde el Turco del Pasaje Leclerc.

Para mí la ciudad son unas cuantas calles del Centro, el Parque de Bolívar y los amigos de mamá. Lo demás no me importa. Los otros barrios me parecen iguales a los barrios de otras ciudades que hemos visitado. En cambio, el Centro es único, digo yo. Mamá conoce a mucha gente aquí, ella estudió en el colegio de las monjas, y tiene muchas amigas de ese tiempo. Mamá siempre me está recordando que yo nací aquí, me cuenta historias de los nombres de las calles, de la señora que se ahorcó con una mantilla en la Colonia y que aparece peinándose en el patio de una casa.

Una vez me llevó a la iglesia donde me bautizaron y estuvimos en una misa que nos aburrió a los dos. Papá también conoce gente en el Centro, a Pambe y al Perra, los mecánicos de la Calle de la Carbonera, al Mello y a Rembe, que a veces le llevan la mercancía en un camioncito. Papá les da propina y ellos le dicen Jefe, aunque papá es más joven.

Cuando salgo solo, me gusta irme por el Centro hasta llegar a Santo Domingo, atravesar las calles y ver las niñas que salen del colegio, subir a las murallas y correr hasta los cañones, entrar en la iglesia y ver pasar los buses por la avenida.

A veces voy al Parque Centenario y compro o alquilo cómics, después voy a la cancha a ver jugar fútbol o a la fuente de agua. Quisiera ir más allá y entrar a Getsemaní, pero mamá me lo tiene prohibido.

—Hay muchos malandros, me dice. Y yo le creo. Papá guarda su mercancía en los callejones de allá, pero nunca me lleva. Solo vamos a Getsemaní cuando hay alguna película buena en los cines. Y vamos todos juntos.

Capítulo 3

Cuando terminó el bachillerato papá no quiso estudiar más.

–Voy a conocer el mundo – decía. Iré a Estados Unidos y a Europa. Y viajó a Cartagena, para empezar por ahí.

–Ya verán decía papá.

Mamá quería ser una bailarina famosa.

–Como Isadora Duncan– decía. –Bailaré en los grandes teatros. Sus hermanas le dijeron que pensar eso en Cartagena era imposible.

–Ya verán –decía mamá.

Papá conoció a mamá en ese primer viaje y al poco tiempo nació yo. Los hermanos de papá pensaban que mamá era muy joven y que papá no lograría nada junto a ella. La familia de mamá pensaba que papá era un inútil que hablaba demasiado. Puede que ambas familias tuvieran razón.

Capítulo 4

Me gustan los cómics más que cualquier otra cosa en el mundo: más que las películas que vemos con papá, más que las piscinas de los hoteles, más que el helado Vaca Negra que me compra mi tío Arturo cuando vamos a visitarlo a Santa Marta, más que los turronec que mamá encarga al argentino o las chokolatinas con figuritas. No recuerdo haber estado nunca sin cómics.

De los cómics me gusta todo: las portadas de colores brillantes, el olor a tinta cuando son nuevos, el papel grueso, los globitos y los cuadritos, los dibujos, claro, pero sobre todo me gustan las historias. Me río cuando el Cuervo le hace maldades a la Zorra y me gusta que Superman salve a Luisa Lane, aunque me pone triste que hayan matado a los papás de Batman.

Yo me siento en algún rincón, al lado de la cama, en la recepción del hotel, en una mecedora, bajo algún árbol y los veo. Al principio solo veía los dibujos, pero poco a poco empecé a entender las historias. Veo los dibujos y pienso que son como una película, pero mejor: yo puedo detenerme, puedo regresar la página y volver a ver cada cuadrito, puedo imaginar que soy yo quien aparece ahí.

Algunas veces voy al parque Centenario, donde los alquilan y los ponen en cuerdas como ropa tendida al sol, junto a las novelitas de vaqueros de Marcial Lafuente y de Silver Kane, pero prefiero tener los míos, para mirarlos con calma, para llevarlos a donde quiera. A mamá no le gusta que me siente en esos puestos de revistas del parque con todas esas personas desconocidas y por eso me los compra siempre que puede.

Yo quisiera leer los cómics, pero apenas me estoy aprendiendo las letras del alfabeto y todavía no entiendo las palabras, mamá me ayuda y me explica, y logro entender las historias, pero cuando no está me invento lo que dicen los personajes, lo mismo hago cuando no llegan todos los números o cuando viajamos a lugares donde no hay cómics, entonces me imagino lo que pudo suceder.

Cuando salimos de viaje, mamá me compra muchos cómics para que los vaya leyendo durante el camino y no la moleste con preguntas. Me llena la mochila y ahí van *Batman*, *Periquita*, *Las Urracas Parlanchinas*, *Sal y Pimienta*, *Superman*, *El Llanero Solitario*, *Flecha Verde*, *Spiderman*, *La Zorra y el Cuervo*, *Red Ryder*, *El Conejo de la Suerte*, *Porky y sus amigos*, *Superratón*, *El Pájaro Loco*, *La Pequeña Lulú*, *Tarzán* y uno que es nuevo para mí, que se llama *Kaliman*. Mis favoritos son *Batman*, *Fantomas* y *El Pato Donald*. Papá piensa que es una pérdida de dinero, aunque algunas veces los lee también, sobre todo *Condorito*, que a mí no me gusta.

Cuando papá sale a hacer sus negocios pienso que va en una misión, como Batman, y que enfrentará muchas aventuras y regresará victorioso. Como Batman, papá no usa pistola. Papá no tiene amigos en la policía y Batman sí. Papá quisiera ser millonario como Batman. Papá no tiene carro y Batman sí. A papá no le gusta hacer ejercicio. Papá a veces es malgeniado, se enoja conmigo porque no sé amarrarme los cordones o porque me da miedo la oscuridad. Batman no tiene hijos y papá sí, así que cuando lo pienso bien, creo que papá no es Batman.

Aunque no los lee, mamá me compra mis cómics, además compra cancioneros, folletos de poesía y revistas de horóscopos y de extraterrestres. Tenemos muchas revistas con nosotros. Papá se burla:

–Qué gran biblioteca están construyendo ustedes.

–Habló el señor que no lee ni el periódico, le dice mamá.

Yo sé que no es cierto lo que dice mamá, papá sí lee el periódico y algunas revistas, también lee el libro con el que practica su inglés. Pero no lee poemas ni libros con muchas letras.

Muchos de los cómics que ahora tengo me los regala Fernando, un amigo de papá, que tiene una naviera en el muelle. Cuando lo visitamos abraza a papá y se ríe fuerte. Es un hombre alegre y papá le lleva botellas de whisky que Fernando le encarga. Fernando saca los paquetes de cómics de un mueble en el que guarda las botellas y me los da, son cómics que le traen los marineros que vienen de Nueva York, junto con los discos de salsa que le gusta coleccionar.

–Coge, pelao, me dice. Y me los entrega. Yo le agradezco y él se ríe.

Me da la mano, como si yo fuera grande, después se olvida de los cómics y se pone a hablar con papá. Yo siento que tengo un tesoro y me voy a revisar los cómics que me regaló. Son casi todos en inglés, con portadas más brillantes que los míos, no sé leer ni en inglés ni en español, así que miro los dibujos y casi puedo saber lo que dicen.

Capítulo 5

A veces visitamos a mi tía Dilia y otras veces, cuando las cosas no van bien, nos quedamos algunos días donde ella. Mi tía vive en Torices, un barrio cerca al Centro, un lugar del que han salido muchos beisbolistas famosos. Con ella viven mis tres primos, Jesús, Henry y Gabriel, en una casa grande con un patio donde hay árboles de mango.

Mi tía es cariñosa y nos atiende muy bien, nos brinda café en las mañanas, nos hace comida: carne en posta y patacones, sancocho y pescado con yuca, nos presta el cuarto que tiene la ventana junto al patio. También nos dice que nos quedemos a vivir ahí, con ella, que dejemos de andar de un lado para otro.

Ella es muy generosa y atenta. –Pero es pobre, dice papá. Así que no puede pedirle dinero prestado. Mi tía es como una mamá para mi mamá, siempre le da consejos y trata de ayudarla, aunque mamá no le hace mucho caso. Hace meses pelearon porque mi tía le dijo que ya era hora que yo estudiara, que con seis años yo debería saber leer. A mamá no le gustó que mi tía le dijera esas cosas, y discutieron por eso. Mamá le hizo mala cara y dijo que yo iría a un colegio privado, no esos del gobierno donde estudian mis primos, que a cada rato hacen paro. Ellas dejaron de hablarse un tiempo, pero ya las cosas han vuelto a estar bien entre ellas, aunque yo sigo sin estudiar.

A mí me gusta estar con mis primos, Henry es mayor que yo, pero Jesús y Gabriel son como de mi edad y con ellos voy a las playas de Marbella y nos bañamos cerca de los espolones, sin meternos mucho en el hondo porque el mar es peligroso y tiene corrientes que ahogan a la gente, sobre todo a los turistas. También vamos a elevar cometas al playón que queda a dos cuadras de la casa y a jugar tapitas con los vecinos. Henry juega muy bien al fútbol y a veces vamos a verlo jugar a la cancha de Manga.

En las noches nos reunimos en la sala de la casa o en el pretil de la calle y mis primos cuentan historias de miedo, de fantasmas que salen tarde en la noche, cuando quedan pocas personas en la calle, o de la niña que pide un vaso de agua cuando uno está solo en la casa, también de las peleas a la salida del colegio, de los ladrones del barrio que se meten por los patios y se roban los calderos. Hablan de *Pambelé* y de las peleas que transmiten en la madrugada, del escándalo por el turista al que mordió un tiburón y se ríen porque los turistas muerden a los tiburones todo el tiempo y nadie dice nada. Yo cuento historias de las películas que he visto, de Jerónimo, el jefe apache, de *El Bueno, el Malo y el Feo*, de Bruce Lee y de Kung Fú, también de mis cómics, de *Tarzán*, de *Mandrake*, del chino que vende empanadas en el Centro, de los hoteles que conozco y de cosas que me invento. Nos quedamos hasta tarde contando cuentos, hasta que nos llaman a dormir. A veces jugamos dominó con los vecinos hasta que alguien grita que dejemos dormir.

Cuando mi abuelo Manuel murió, toda la familia se fue por distintas partes y en Cartagena solo quedaron mamá y mis tías Dilia y Mildred, que habían venido a estudiar el bachillerato al Colegio de la Presentación, donde las monjas. Los otros hermanos se fueron para Valledupar, La Guajira, Italia y Venezuela. A veces escriben y mandan noticias.

No conocí al abuelo, pero mamá dice que era alto y delgado.

–Una buena persona, me explica mi tía. –Cultivaba tabaco en los Montes de María, en una finca que se llamaba El naranjal, sabía la humedad que necesitan las plantas para crecer, quitaba las hojas muertas y fumigaba las plagas. El tabaco era buen negocio y la familia tenía mucho dinero, dice con orgullo mi tía.

Una vez mamá me mostró una hoja de tabaco, era grande y seca y me explicó cómo se hacen los cigarros. Esa vez lloró un poco. La abuela murió en un parto y el abuelo se quedó solo cuidando a todos sus hijos. Mamá era la hija consentida. Dicen que siempre estaban juntos, y que él le cantaba canciones y le contaba historias. Así como mamá hace conmigo.

Mi otra tía, Mildred, vive en Martínez Martelo, un barrio donde hay mosquitos. Eso es lo poco que recuerdo. Ella trabaja en la licorera y tiene un hijo de mi edad, Agustín. Casi no vamos por allá, pero cuando me ve, mi tía me da besos y abrazos y me prepara arroz de coco con pollo guisado. También me compra arroz con leche y me da billetes cuando mamá no se da cuenta, y si duermo allá, cubre con un toldo de tela toda la cama para que no me piquen los mosquitos.

Hace tiempo mi tío Oscar se fue a trabajar a Venezuela porque allá pagan mejor. De vez en cuando llegan sus cartas contando que está bien. Siempre dice lo mismo: estoy trabajando, los recuerdo mucho. A veces llama a la tienda de la esquina y mi tía logra hablar con él, a veces también mamá y regresan llorando de la tienda. Para mí, mi tío son esas cartas que mi tía Dilia guarda en el armario y su nombre en las conversaciones cuando almorzamos, también su promesa de que volverá.

Yo recuerdo su voz ronca y los boleros que cantaba cuando tomaba cervezas en el patio de la casa de mi tía:

*Caribe soy de la tierra del amor, de la tierra donde nace el sol,
donde las verdes palmeras se mecen airosas al soplo del mar...*

Capítulo 6

A mí no me gusta ir a los barrios lejos del Centro. Los buses siempre van llenos y no hay donde sentarse, llevan música a todo volumen y saltan todo el tiempo por las calles sin pavimentar, el polvo de la carretera se me mete en los ojos y la nariz y me bajo todo lleno de tierra. Además, no se ve el mar. Pero los conozco, hemos vivido en muchos de esos barrios.

Me acuerdo que tuvimos una habitación en el barrio Daniel Lemaitre, en la casa de una señora ciega, que se llamaba Marta, ella tenía un quiosco junto a un colegio cerca a la casa y vendía gaseosas y galletas y sabía distinguir las monedas y los billetes con solo tocarlos, era muy inteligente y conversadora y la gente la quería, pero nosotros no volvimos por allá porque papá le quedó debiendo dinero. Ni siquiera nos despedimos y a mí me dio tristeza por la señora. Me la imaginé al regresar del trabajo, saludando a la habitación vacía donde vivíamos nosotros.

Otra vez vivimos cerca al muelle donde papá trabajaba, pero se cansó del horario, de tener todos los días y no tener tiempo para sus negocios. Esos no son trabajos para un hombre como yo, dijo. Y no volvió. Así que nos volvimos a mudar.

Una vez llegaron a cobrarle a papá y él se escondió detrás de la puerta, allá en el apartamento en Marbella. Pegó un brinco desde el sofá y se puso detrás de la puerta, mientras se persignaba y me hacía señas con la mano para que dijera que no estaba. Yo abrí la puerta y le dije al gordo que lo preguntaba que papá no estaba. No me tembló la voz ni miré para donde papá estaba cuando le dije que papá estaba de viaje de negocios. El gordo se secó el sudor de la frente con un pañuelo y me explicó que le prestó dinero a papá y no lo volvió a ver. Después se despidió y se fue mientras miraba para todos lados. Papá dijo que ya era hora de conseguir otro apartamento.

Capítulo 7

Papá va a Bocagrande todos los días. Se toma un café y se despide de nosotros. A veces lleva una pequeña maleta y nada más. Le gusta ponerse gafas oscuras y tomar un taxi, dice que es por el sol.

Papá practica inglés con los gringos que conoce y también con las películas que vemos. Me dice que el inglés abre puertas en todo el mundo y me enseña palabras. Yo sé saludar y despedirme.

Una vez me presentó a un gringo gordo que se llama Lincoln, es un señor que fue capitán de barco, pero se quedó en Cartagena, dice que se enamoró de una mujer que conoció cuando llevó el barco a reparar. La mujer lo abandonó después, pero él se quedó en la ciudad. Con ese gringo papá practica sus conversaciones y dice que cuando el gringo vuelva a Estados Unidos, lo llevará con él.

Lincoln trabaja en Bocagrande llevando turistas a las islas, también ayuda en los casinos y es guía turístico en el Centro. Dice que no se quiere volver a enamorar. El gringo no parece gringo. Ya no está blanco de tanto sol que recibe y la ropa que usa es como la de todos, hasta papá se ve más elegante que él. Solo cuando habla es que vuelve a ser gringo.

Papá vende su mercancía por los Sanandresitos y cigarrerías de Bocagrande, a veces le pagan enseguida y a veces le toca volver a cobrar. Cuando las cosas van bien, llama a Pambe desde un teléfono público y le dice adonde llevar la mercancía. A veces el gringo lo ayuda.

Capítulo 8

A papá le ha ido bien. Regresa contento al hotel y nos dice que empaquemos. Alistamos las maletas y las cajas, los cómics y la ropa y al poco rato estamos listos para marcharnos. Nos despedimos de la señora del hotel, que cuenta los billetes que papá le pagó, sentada en la mecedora.

Tomamos un taxi junto al palito de caucho y salimos para Bocagrande.
–Al hotel Americano, dice papá, con orgullo.

Dejamos atrás el Centro, cruzamos por la Avenida San Martín y llegamos al hotel. Nada más al bajar del taxi y mirarlo sé que es el mejor hotel donde hemos estado: es nuevo, es grande, con muchos pisos y una rampa que da la bienvenida. Está cerca de la playa y creo que podré ir caminando. Papá agarra a mamá de la mano y subimos por la rampa, como en una película. Las escaleras son anchas y alfombradas con pasamanos de metal. Adentro hay aire acondicionado y señores que llevan las maletas, pero en nuestro caso no es necesario, papá lleva una y yo la otra. Papá escoge una habitación del octavo piso para ver la playa y la ciudad desde ahí. Mamá está contenta y agita la llave de la habitación entre sus dedos.

Oímos las risas de la gente que sube al ascensor, subimos también y llegamos a nuestra habitación, que es realmente un pequeño apartamento. Guardamos nuestras cosas, miramos por el balcón y yo reviso la pequeña nevera que tiene chocolates, maní y cervezas. Papá no ha dicho cuanto tiempo vamos a estar aquí, pero también está contento.

Me gusta este hotel, no es necesario cerrar la puerta por dentro, ni dejar nuestras cosas en la recepción cuando salimos a alguna parte. No huele a sal ni hace calor. Hasta mamá se relaja un poco y no me llama tan seguido para saber dónde estoy. Las personas se ven elegantes y contentas, aunque, como nosotros, están de paso. Pienso que podría vivir aquí mucho tiempo. Hay piscina, casino, café y peluquería, además es limpio y refinado, como dice mamá. Por el balcón veo turistas allá abajo, otros hoteles, restaurantes, supermercados, los techos de las casas, una heladería y los carros que pasan por la avenida.

Frente a nuestro apartamento viven unos alemanes. Son dos gordos grandes, blancos como la leche, que parecen hermanos. Viven hace mucho tiempo en el hotel y todos los conocen. Nos dan la bienvenida con palabras que no entiendo. –Así hablan en Alemania, me explica mamá. Uno se llama Matías y el otro Hans. Me dan la mano y sonrían, luego se marchan.

Capítulo 9

En el hotel no hay nadie con quien jugar, todos son grandes y no me prestan atención. Papá sale a hacer sus negocios y a veces mamá va con él. Yo me quedo solo en la habitación, como muchas veces, viendo mis cómics o la televisión y a veces voy a la playa, pero el día es muy largo, así que, para no aburrirme, hablo con el ascensorista, un viejo como de cuarenta años que usa un traje verde con rojo, como de cortina, y un gorro como de capitán de barco. Se llama Pedro.

Pedro no me dice mi nombre cuando me saluda, me dice niño desde el primer día que lo conocí.

–Niño, ¿cómo estás?

–Bien, Pedro, ¿y tú?

Hace un gesto con la cabeza y me dice:

–Niño, te traje un yoyo, lo compré cuando me bajé del bus, casi en la esquina.

– ¿De verdad, Pedro? Muéstramelo.

Es un yoyo de Coca Cola, blanco y rojo con una cuerda muy larga. Me lo amarro en el dedo del medio y empiezo a jugar, pero Pedro me dice que lo haga cuando salga del ascensor, que puedo romper los espejos. Le doy las gracias y lo guardo en el bolsillo y lo toco desde afuera, para sentir que va seguro.

Cruzo la recepción y salgo del hotel, entonces todo cambia. Dejo atrás la alfombra roja y los jarrones de flores y el aire acondicionado y el silencio y el cuidado que me dan los empleados. Afuera hay el ruido y los pitos de los autos y los buses, la algarabía de los vendedores en la avenida y también el calor que había olvidado. Doy una vuelta por la Avenida San Martín, paso por la panadería, compro en la droguería algún cómic y bajo a la playa a comer raspao. Quisiera ir hasta el almacén donde vi la pistola de plástico, pero está muy lejos y papá se enojaría mucho si la compro por mi cuenta. No sé por qué papá no me la dio, teníamos dinero y era navidad. Luego recuerdo que tengo un yoyo y comienzo a jugar con él.

Capítulo 10

Mamá se mira en el espejo mientras hace estiramientos. Tiene el cabello recogido, una malla negra y las zapatillas de ballet amarradas con cintas rosadas hasta los tobillos. Está atenta a la música de la grabadora. Estira el brazo lentamente y hace un arco con su movimiento, luego lo repite.

Desde la cama veo cómo sus músculos se tensan y ella se abandona al movimiento, enlazándose con la música, las gotas de sudor empiezan a formarse en su frente, y ella continúa moviéndose. Se inclina para tocarse la punta de los pies y entonces se da cuenta de que la observo, me sonrío y me dice:

– ¿Te gusta? ¿Qué tal me veo? –. Y da vueltas sobre un pie girando al compás de la música. No digo nada, pero le sonrío y sigo mirando.

Mamá sigue con sus pasos de ballet, pero ya no mira al espejo, está pendiente de mí, aunque yo no he dicho nada.

– ¿Quieres practicar? – me dice mientras me sonrío. Ven.

Le digo que no con la cabeza y ella no insiste. Siempre hago lo que mamá quiere, pero el ballet no me gusta. Ni siquiera sé bailar, pero me gusta verla a ella cuando se mueve, cuando practica algún baile. Se ve tan bonita.

A veces me dice:

– Tommy, bailemos. Ven, baila con tu mamá. Y me toma de la mano y me jala hacia ella. Yo me abrazo a su cintura y empiezo a moverme. Mamá se ríe: –Eres un pésimo bailarín. Luego sube mis pies sobre los de ella y me empieza a guiar, mientras yo sigo aferrado a su cintura y siento que casi puedo bailar.

Mamá practica todos los días, pero desde que encontró una academia cerca al hotel va a clases de ballet en las tardes. La directora le prometió que si se pone al día en los ensayos será el Hada de Azúcar en la función de fin de año.

Mamá enseguida se va de compras y regresa con zapatillas nuevas, trusas, mallas y tutús, también moños para recogerse el cabello, maquillaje, un espejo grande y unos cómics para mí. A papá todo eso le molesta, le parece una exageración comprar todas esas cosas, un dinero perdido, y por eso terminan discutiendo, como siempre.

–El dinero no crece en los árboles, dice papá. ¿Hasta cuándo vas a insistir con lo del ballet? ¿Hasta cuándo?

–Hasta que me dé la maldita gana, grita mamá. Sabías que me gustaba el baile cuando me conociste, le recuerda mamá. Entonces te parecía bien. Claro, el dinero no crece en los árboles cuando se trata de mí, pero cuando haces negocios no te preocupa, ¿verdad? Cuando despilfarras la plata y le das propina a todo el mundo, ahí si no te acuerdas de ahorrar, ¿verdad? Cuando

quieres ser el gran señor en las fiestas y pagar la cuenta de todos no te duele el dinero, acá es que te acuerdas y quieres cuidar cada peso.

–Tú no entiendes. Esas son inversiones que hago, estoy haciendo contactos, ¿no ves?

–Lo único bueno es lo que tú haces, lo que tú dices. Y mira que no haces nada. Tú sí puedes comprar gafas y ropa, y zapatos caros. Mamá le hace mala cara y no le dice más, después de eso papá se queda en silencio. Yo nunca digo nada cuando pelean, me quedo en silencio en algún rincón, escuchando todo lo que se dicen. Pienso que mamá será la mejor Hada de Azúcar del mundo.

Capítulo 11

Desde hace algún tiempo estoy ensayando para saber cuál es mi superpoder. Me hubiera gustado volar como Superman, irme lejos por el cielo azul y ver a la gente pequeñita allá abajo. Pero no logré volar ni un poquito a pesar de los saltos que pegué en la arena de la playa. Lo intenté otra vez en el Parque de Bolívar y en el patio de la casa de mi tía. Me amarré de capa una toalla azul que encontré en las cuerdas y salté desde el lavadero, pero nada, no pude volar. Creo que hay que ser de otro planeta para lograrlo.

Después pensé que mi poder podría ser la velocidad como Flash, así que empecé a correr al hacer los mandados a mamá y por las murallas cuando hace fresco, pero la verdad no soy muy bueno, tal vez por mis piernas flacas, pero no logré ser más rápido que las bicicletas, apenas le gané a las carretas que llevan los plátanos y sé que son muy lentas para que la gente se pueda acercar a comprar.

Aunque me gusta la playa no me gustaría ser como Acuaman, pasar todo el día entre peces y respirar bajo el agua. Un rato tal vez, pero no siempre. No es un poder muy práctico y con el tiempo uno debo oler a pescado también. No quiero eso. Tengo que seguir ensayando, en algún momento sabré cual es mi superpoder.

Capítulo 12

Cada mañana me saludan los alemanes. Matías siempre sonrío y siempre me dice lo mismo con su voz extraña:

–Hola Tommy, ¿cómo estás? Yo siempre digo que estoy bien. También saluda a papá y a mamá cuando los ve.

Matías y Hans son silenciosos y muy respetuosos y casi no se les escucha cuando están en su apartamento, pero los fines de semana hacen fiestas y se escuchan las risas y las voces de las mujeres que los visitan y los gritos y los cantos de Matías y Hans. Mamá no me deja asomar a ver qué pasa, pero escucho los ruidos de las botellas y los vasos y la música hasta la madrugada.

Un domingo antes de irme a la playa logré entrar al apartamento de los alemanes. Nadie me vio. La puerta estaba abierta y todo en silencio. Aún estaba encendida la luz de la sala. Había botellas y vasos medio llenos sobre la mesa, se sentía olor a alcohol y cigarrillo. Hans y Matías estaban en el piso, desnudos con unas señoras, también desnudas. Los alemanes eran blanquísimos y las señoras eran negras. Hans roncaba como un tractor y agitaba un brazo, como despidiéndose. Yo caminé de puntillas, por el borde de la sala, mientras los miraba dormir. Una de las señoras tenía el pintalabios corrido hasta la mejilla. La puerta del balcón estaba abierta y el viento movía la cortina. Miré los discos regados por el piso, pero los dejé ahí, fui a la cocina y no sé por qué abrí la nevera y miré, no había nada especial, luego me fui. Ya sabía cómo eran las fiestas de los vecinos. Así los llamo yo, son los únicos de nuestro piso que no se marchan, son permanentes, dicen los empleados.

Capítulo 13

Mamá se arregla con calma, como a ella le gusta. Se maquilla los ojos con sombras negras y verdes, como una gitana; se peina el cabello y se lo deja suelto; se pone un pantalón verde claro con un cinturón de cuero, una blusa blanca manga corta con unas figuras bordadas en hilo y unos botones de nácar; y se ha puesto unos zapatos altos de tacón de madera, luego se adorna la cabeza con una flor roja. Se mira varias veces frente al espejo hasta que queda satisfecha. Me parece que se ve hermosa y creo que papá también se da cuenta, porque la abraza y le acaricia la cara con la mano.

Yo me pongo un pantalón azul oscuro, una camisa azul con cuadritos blancos manga larga que me recojo hasta los codos y unos zapatos negros brillantes que mamá me ayuda a amarrar. Camino con ellos probando cómo me quedan y le pego una patada a la pared para asegurarme, pero mamá me dice que no empiece a molestar. Papá también se arregla, se pone la ropa nueva, se perfuma y nos dice que está listo.

Afuera es de noche y nos esperan todos esos lugares que se cierran muy tarde. Estoy contento de caminar por la acera ancha junto a mis papás. Siento la brisa en mi cabello y miro todo con curiosidad. Las luces de la avenida me parecen estrellas en nuestro camino, mientras papá nos habla de los lugares que vemos a nuestro alrededor.

Papá tenía razón, esto es lo máximo. No digo que durante el día, cuando hace mucho calor y está lleno de turistas olorosos a aceite de coco, con sus camisetas chinas y sus chanclas de florecitas, ni cuando los vendedores persiguen a la gente vendiéndole sus gafas y cervezas, y el pavimento quema y es imposible andar descalzo, sino ahora, en la noche, cuando empiezan algunos negocios a cerrar y se empiezan a abrir otros que no habíamos visto, cuando la brisa refresca la Avenida San Martín y salen los vendedores de maní, los carritos de perros calientes y se abren las pizzerías, los bares y las ventas de licor.

En la acera hay varios vendedores de tinto, con sus termos de colores y vasitos de plástico, se escuchan sus voces, aunque no se entiende lo que hablan, al fondo en las terrazas hay mesas llenas de personas que también conversan y ríen mientras comen en las pizzerías y restaurantes. Más adelante nos habla un vendedor de chance y lotería que lleva en la mano, agarrados con un gancho de metal, los cuartos de lotería y los resultados. Caminamos sin prestarle atención y él sigue su camino. Por toda la avenida se escuchan los pasos de la gente que viene y va, todos buscando algo, como nosotros.

Veo los anuncios de luces brillantes a lado y lado de la avenida, se encienden y apagan en un momento. Mamá me lee los nombres que tienen: Brooklyn, La Caja de Pandora, La Gruta. También los nombres de los sitios para comer: La Sierra, Brisa Marina, Joe's. Me aprendo los nombres, son bonitos y quiero repetirlos. Un fotógrafo saluda a papá, es un señor de bigotes, vestido con una guayabera blanca, que lleva una cámara colgando en medio del pecho y un maletín negro que le cuelga del hombro. Le sonrío a papá y papá lo saluda sin mucho entusiasmo.

Yo me detengo a ver un señor que hace imitaciones de cantantes con un pequeño parlante a su lado. Fonomímicas, me dice papá. Hay otros curiosos como yo, que hacen una ronda alrededor del señor:

*...Mary es mi amor, solo con ella vivo la felicidad,
yo sé que nunca a nadie más podría amar porque la quiero de verdad...*

Lo hace bien, aunque casi nadie le da dinero, solo miran. Yo también miro y como no tengo nada que darle, me quedo atrás de la gente. Papá se impacienta y me jala de la mano. Nos alejamos mientras el señor sigue cantando.

En la acera hay un viejito pidiendo limosna con un tarro en la mano, papá lo ignora y nos hace señal que caminemos rápido. Papá ya conoce por aquí y sabe para dónde vamos, pero yo quiero mirar cada cosa con detalle. Hace fresco y podemos caminar con calma, no tenemos prisa por llegar a ningún lugar. No somos turistas.

A lo lejos se escucha un grupo vallenato, pero el rumor de la avenida no deja distinguir sus canciones. En cambio, se escucha muy fuerte la canción que sale de un sitio de salsa:

*...El amor que me juró ya con la ausencia no existe,
hoy tal vez se lo tome a chiste, no creyendo en mi regreso,
sin embargo, me dio un beso y se quedó sola y triste...*

Un señor nos invita a entrar, pero papá le dice que no con la cabeza, el señor se aleja y saluda a una pareja que pasa. Hay turistas en shorts, con gafas de sol y gorros de explorador que también caminan por la avenida, los persiguen los vendedores de gafas, que también trabajan de noche. Paramos a comer perros calientes en un local junto a un árbol de almendro y mientras comemos llega un muchacho con una guitarra, se sienta a comer también, nos sonrío y dice que canta boleros, que si queremos alguna canción.

Después de comer papá decide que es hora de ir a bailar.

Capítulo 14

Me gusta estar aquí adentro. Es oscuro y se siente muy alto el volumen de la música. Se siente la vibración de los parlantes y parece que las mesas se movieran. Pongo mi mano en la Coca Cola y la siento mover también. Hay mucha gente alrededor, en la oscuridad, pero yo estoy tranquilo, con mis papás cerca. Algunos lo llaman bar, otros, discoteca, pero yo sé que es un sitio para bailar y tomar licor. A mí me dejan entrar porque papá le da dinero al portero. Suena la música por todo el lugar:

*...En mil ochocientos seis allá por el mes de enero
En las llanuras del Piame cayó Cipriano Armenteros, así fue...*

Yo sigo la música, golpeando mis dedos en la mesa, siento mi corazón en mis zapatos y me dan ganas de bailar, de montarme en una mesa. Papá y mamá salen a la pista y bailan en la penumbra, se abrazan mientras suena la canción y yo los reconozco a pesar de la oscuridad: la flor roja en el cabello de mamá, su cuerpo delgado y su manera suave de moverse, como de ballet, los hombros estrechos de papá, el cabello liso, sus piernas largas en el pantalón blanco que compró hace poco. Se mueven al ritmo de la música y sus cuerpos se juntan mientras otra canción ocupa toda la pista.

Para quienes conocen a papá, él es un joven sonriente, de cabello liso, muy conversador que siempre tiene planes y bonitas palabras. Un muchacho simpático que no ha terminado de crecer, dice mi tía. Alguien que no parece un papá, digo yo: no trabaja en una fábrica, ni quiere comprar una casa ni tener un perro. Usa pantalones de moda y camisas de cuadros, un reloj con manilla de acero, con el centro azul y los palitos de la hora dorados. Papá es como un hermano mayor, pero que a veces se enoja y me quiere pegar con la correa. Mamá es alegre, aunque a veces llora, le cae bien a la gente y es muy bonita, por eso le dicen muchos piropos en la calle. También se enoja conmigo de vez en cuando, y aunque no me pega, me dice cosas muy feas.

Papá y mamá se dan besos en medio de la oscuridad, como unos novios, mientras otra canción suena a todo volumen:

*...Ya no quiero verte más la cara triste,
pues al ver tu rostro frío me da pena,
sabes bien que mi amor te pertenece
y olvidarte, sería una condena...*

Me gusta verlos así, juntos y contentos, no como esas noches en que discuten, cuando creen que duermo. Me gusta cómo se miran, cómo se abrazan, cómo regresan sonriendo a la mesa mientras yo sigo en la penumbra llevando el ritmo de la música con mis pies.

Capítulo 15

Odio cuando vienen a cobrar y me toca decir que papá no está. Odio no saber cuánto tiempo durará el dinero. Odio no estar tranquilo. Odio no tener donde guardar mis cómics. Odio no atreverme a decirle a papá que no me sé amarrar los cordones. Odio la oscuridad. Odio mudarme. Odio comer en restaurantes. Odio las cajas de cartón de los cigarrillos y el whisky. Odio cargar las maletas. Odio despedirme. Me gustaría ser como mis primos, que siempre han vivido en la misma calle, en el mismo barrio en Cartagena. Odio saber que no soy de allá y tampoco de acá.

Capítulo 16

A papá le gustan mucho las películas, sobre todo las de vaqueros y las chinas, así que vamos a verlas. De *puño y patá*, dicen en la fila. A mamá le gustan las películas de canciones y de aventuras, así que vamos a verlas. A mí me gustan las de risa y de muñequitos, del gato Tom y de Disney, así que vamos a verlas. La verdad es que vamos a ver todas las películas que ponen en cartelera. En cualquier horario y en cualquier cine.

Mamá hace bromas sobre el cine:

–Nos gusta ir porque no hay que hablar, dice y se ríe. Papá no dice nada.

Me gusta ver a papá y a mamá arreglándose para ir al cine, como si fueran para una fiesta, ver los anuncios de las películas, hacer la fila, saludar a algún amigo de papá que aprovecha para colarse en la fila, comprar dulces y gaseosa y esperar a que empiece la película. Luego, cuando se apaga la luz y comienzan a pasar los cortos de las próximas películas, sentir el sonido que envuelve toda la sala, ver las imágenes que llegan y sentir la emoción de estar en la oscuridad de la sala de cine.

A papá le gustan mucho las películas de vaqueros, pero ya no llegan tantas. Cuando son muy buenas las repite y se aprende la música, que silba cuando está contento. A veces imagino que papá es un vaquero de las películas, que cada cierto tiempo atraviesa el desierto llevando caravanas y las mantiene a salvo de los indios, y que regresa triunfante con el pago que ha recibido. Papá sería un vaquero flaco, de esos que nadie piensa que son rápidos con el revólver, pero que al final les gana a todos. Papá lleva la mercancía a salvo y se queda con la muchacha.

Pero a mí no me gustan los vaqueros, aunque siempre ganen. No sé por qué, pero me gustan los indios con sus rostros pintados, sus penachos de plumas y sus caballos sin sillas, llenos de manchas de colores blancos, cafés y negros, cuando salen en la pantalla grito como ellos y relincho como los caballos. Quisiera que alguna vez ganaran una batalla, pero al final no es así, les disparan y caen muertos, aunque sean muchos y sus caballos sean más bonitos.

A veces, cuando no hay indios en la película, yo también quiero ser un vaquero, tener un caballo, un revólver, un sombrero y un cigarrillo. Papá se burla y me dice que no hay vaqueros enanos.

Papá está muy pendiente de las películas de acción y se fija como visten y hablan los actores y trata de hablar y vestir como ellos. Compra pantalones y gafas para el sol como los que ve en el cine. Yo me empiezo a fijar en eso también, y ya sé que hay carros Mustangs y Cadillacs y lugares como Los Ángeles o Nueva York.

A papá le gustan las películas de Bruce Lee, dice que es el mejor en películas de Kung Fú. A mamá esas no le gustan, entonces vamos a verlas solo papá y yo.

–Tengo la fiebre amarilla, me dice papá. Y yo sé que vamos a ir a ver una película china. A mí también me da fiebre amarilla. Papá las busca en los diferentes cines porque siempre las presentan, aunque ya hayan salido de la cartelera.

Voy dando saltos delante de papá, hasta que llegamos al cine. Yo prefiero las primeras filas, donde todo se ve grande y más cerca a los parlantes. A papá le gusta la mitad de la sala, así que nos sentamos ahí.

Poco a poco la sala se llena, se escuchan los ruidos de la gente comiendo y conversando, mientras esperamos que la película comience. Papá se acomoda en la silla y mira a todos lados, tratando de reconocer a algún amigo.

Me sé los nombres de todas las películas chinas que hemos visto: *Los Cinco Venenos*, *De Profesión Invencible*, *El gran jefe*, *Los Cuatro Dedos de Furia*, *El Espadachín Manco*, *Puños de furia*, *La Furia del Tigre Amarillo*, *Dos Contra el Gran Asesino*, *Operación Dragón*, *Espadas Sangrientas*, *Kung Fú Contra los Siete Vampiros de Oro*. Pensar en que va a empezar la película hace que me emocione y quiera darle patadas a alguien.

En *El Espadachín Manco*, le cortaron el brazo al protagonista y no lo podía creer. Me pareció terrible no tener brazo. Aunque al final les ganaba a todos sus enemigos, pensé que nunca más iba a tener su brazo, que no podía abrazar a nadie ni nadar en el mar. Quise saber cómo sería no tener un brazo y ese día no utilicé mi brazo derecho, comí con la mano izquierda, me puse la camisa con la mano izquierda, miré un cómic con la mano izquierda, hasta que me cansé de no tener brazo y dejé de hacerlo. Papá me explicó que era mentira y que no pasa nada, pero aun así me impresionó la sangre y ver el brazo volando por el aire cuando se lo cortaron al héroe.

En la oscuridad del cine miro a papá, como nunca puedo hacerlo en otro momento. Papá mira la luz de la pantalla mientras yo lo miro a él. Miro en la penumbra cómo la luz se refleja en sus ojos, cómo desaparecen las líneas de su frente, cómo se relajan sus gestos, cómo nace la sonrisa en su cara. Papá salta en su silla. En el cine papá se olvida de sí mismo. En el cine papá es otro, uno mejor.

Cuando vamos con mamá vemos películas románticas o de cantantes y a veces tengo problemas porque me aburro o no entiendo las letras de la pantalla.

—Papá, ¿qué dice ahí? —, le pregunto con insistencia.

Y papá me contesta. A veces me dice todo lo que aparece en la pantalla, otras veces me hace un resumen, otras veces está concentrado en la película y no me responde. Al rato le vuelvo a preguntar o lo jalo del brazo para que me diga.

—Papá, ¿qué dice ahí?

Y papá me contesta. O me contesta mamá. Me hablan en voz baja, pero aun así en la oscuridad de la sala se escuchan nuestras voces y la gente empieza a callarnos. Chss, dice la gente. De vez en cuando nos insultan. Yo me quedo callado por un rato, pero luego se me olvida y vuelvo a preguntar. Alguien grita que quien dejó entrar a ese niño y otros silban. Luego vuelvo a preguntar y otra vez nos mandan a callar, tanto, que al final salimos del cine y papá está molesto. Yo estoy avergonzado de haber preguntado, pero sé que lo volveré a hacer, que no puedo quedarme callado si no entiendo. Papá y mamá terminan discutiendo, papá le dice que ella siempre me da la razón, mamá le dice que no le hable así, y luego discuten por otras cosas que

no son la película y así termina nuestra ida al cine. Papá ha vuelto a ser él. Pero sé que, a pesar de todo, volveremos, porque nos gusta el cine.

Capítulo 17

Papá se enoja porque mamá habla de ballet todo el tiempo, compra mallas y zapatillas y quiere bailar en una compañía importante. Papá le dice que deje de soñar, que aterrice. Que ya es hora que aprenda a hacer arroz.

Mamá se molesta porque a papá no le gusta trabajar en ninguna empresa, solo quiere conseguir dinero y ser como los amigos que consigue en Bocagrande. Mamá le dice que madure, que ellos tienen dinero y él no, que ningún gringo se lo va a llevar a Estados Unidos. Al final los dos se quedan en silencio y yo sé que es el momento de desaparecer y volver cuando ya esté oscureciendo.

Yo creo que papá está molesto porque no puede ser como los actores que vemos en las películas, esos que andan en carros sin techo y van a ciudades inmensas y al final escapan con el dinero de un banco, en cambio papá me tiene a mí y a mamá, y tiene que pagar el hotel y el restaurante y la ropa. Y le toca cargar las cajas de la mercancía, y sudar, y tomar bus o veces taxis. No hay películas sobre la vida de nosotros. A veces pienso que él quisiera irse lejos y olvidarse de todo, vivir en una película en la que no haya calor ni deudas.

Capítulo 18

Desde hace algún tiempo estoy practicando para saber cuál es mi superpoder. Me hubiera gustado volar como Superman, irme lejos por el cielo azul y ver a la gente pequeñita allá abajo. Pero no logré alzar vuelo a pesar de los brincos que pegué en la arena de la playa. Lo intenté en el Parque de Bolívar y en el patio de la casa de mi tía. Me amarré de capa una toalla azul que encontré en las cuerdas y salté desde el lavadero, pero nada, no pude volar ni un poquito. Creo que hay que ser de otro planeta para lograrlo.

Después pensé que mi poder podría ser la velocidad como Flash, así que empecé a correr al hacer los mandados a mamá y por las murallas cuando hace fresco, pero la verdad no soy muy bueno, tal vez por mis piernas flacas, pero no logré ser más rápido que las bicicletas, apenas le gané a las carretas que llevan los plátanos y sé que son muy lentas para que la gente se pueda acercar a comprar. Además no quiero estar corriendo con el calor que hace.

Aunque me gusta la playa no me gustaría ser como Acuaman, pasar todo el día entre peces debe ser aburrido. Respirar bajo el agua debe ser chévere, pero un rato. No quiero terminar oliendo a pescado. Tengo que seguir ensayando, en algún momento sabré cual es mi superpoder.

Capítulo 19

Tengo pesadillas. Hace días tengo pesadillas que me asustan mucho. La peor es la del tren, sueño que viene a toda velocidad un tren muy largo, lleno de colores y gente en las ventanillas, que saludan y agitan las manos, pero cuando va llegando a la estación donde yo estoy se descarrila haciendo un ruido horrible y la gente cae por todas partes y todos los vagones se me vienen encima para aplastarme. Yo pego un grito y me despierto asustado y me dan ganas de llorar y me levanto y me voy para donde mi mamá.

A papá no le gusta que aparezca en medio de la noche, me dice que ya estoy grande para esas bobadas, pero mamá le dice que el grande es él, que puede dormir solo también. Papá me mira feo, pero al final acepta que me quede con ellos. Mamá me abraza y me arrulla como a un bebé y me canta una canción para tranquilizarme:

*Érase una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos,
y había también un príncipe malo, una bruja hermosa y un pirata honrado...*

Me gusta sentir el calor de los brazos de mamá y me duermo tranquilo, pero en la mañana recuerdo la pesadilla y le pregunto a mamá:

– ¿Mamá, por qué sueño esas cosas tan feas?

–Yo creo que te agitas mucho corriendo por ahí. Tienes que dejar de asolearte tanto.

Creo que no es eso. Creo que es todo lo que no digo: el miedo que tengo guardado. Miedo que papá un día se enoje y se marche para siempre. Miedo que mamá se enoje y no me quiera más. Miedo que se acabe el dinero. Miedo que nos echen a la calle. Miedo que papá y mamá peleen. Miedo que papá y mamá me dejen donde mi tía Dilia y no vuelvan por mí. Miedo que la policía se lleve preso a papá. Pero puede que sea por el sol de la playa y nada más.

Capítulo 20

Papá aparece de pronto a media mañana y dice:

—Tenemos que irnos. No da mayores explicaciones. Fueron cinco meses buenos, pero ahora toca salir del hotel y punto. Yo no pregunto nada, soy el hombre invisible.

Mamá está furiosa, no sabe qué pasó con los negocios de papá, pero creyó que el dinero duraría más tiempo y había hecho planes. Ya se sabe la coreografía de Cascanueces y quería estrenar el tutú y las zapatillas en la función de fin de año, pero ya no será posible. Mamá está enojada y triste y lanza los zapatos y el bolso contra la pared. Me acerco a la puerta y ahí me quedo, sentado contra la pared mirando mis cómics, esperando ver qué va a suceder, mientras mamá maldice el día que conoció a papá.

Papá sale a pagar la cuenta en la recepción, furioso también y estrella la puerta al salir. Mamá se sienta en la cama y comienza a llorar bajito, luego se calma y aún con lágrimas en los ojos empieza a empacar la ropa, las revistas y los cómics en la maleta y en una caja de cartón. Papá llama desde la recepción y bajamos. Mamá entrega la llave y luego salimos del hotel. No alcanzo a despedirme de Pedro que está en otro turno. Salimos a la calle y papá para un taxi.

Papá decide que viajaremos a donde mi tío Arturo en Santa Marta. Nos vamos de la ciudad sin despedirnos de nadie. Ni siquiera de mis tías. Papá tiene algo de vergüenza que le impide decir que ya no tiene dinero. Dice que quiere iniciar unos nuevos negocios y que todo será mejor, que tendré un cuarto para mí solo y que ya no nos mudaremos más.

Papá no deja de hablar de sus planes mientras mamá lo mira con rabia.

Capítulo 21

Al fin encontré mi superpoder: Soy el hombre invisible. Puedo estar entre las personas sin que noten mi presencia. Puedo desaparecer a voluntad. Empecé a darme cuenta poco a poco, bastaba quedarme callado un rato y nadie parecía darse cuenta que yo estaba ahí. Sobre todo papá. Luego lo fui perfeccionando, empecé a practicar con los desconocidos en los hoteles, bastaba desear ser invisible y ellos pasaban a mi lado sin detenerse, sin fijarse siquiera. En la casa de mi tía me iba a un rincón y podía escuchar sus conversaciones con mamá sin que notaran mi presencia. Después, cuando mamá y papá discuten, también desaparezco. Es mejor. Y luego cuando todo está mejor vuelvo a ser visible y mamá me habla y a veces papá también.

Capítulo 22

Papá consiguió una cabaña en un pueblo de pescadores, cerca a Santa Marta. Llegamos en un bus destartado, por una carretera que da vueltas como una serpiente a través unas montañas llenas de monte seco y amarillo. Desde arriba vemos el pueblito junto al mar. Y luego empezamos a bajar por la carretera destapada. El aire huele a fresco y al llegar veo el cementerio, lleno de monte, unos negocios de buceo, un hotel y la playa llena de botes de pescadores varados en la arena. El resto son un montón de casitas blancas, palmeras, quioscos y perros callejeros, y claro, una tienda con venta de cervezas.

La cabaña queda en una calle que va a la iglesia, en la que se levanta el polvo cada vez que pasa algún carro. Es bonita, blanca y aireada, con techo de tejas rojas. Mamá se dedica a quitarle el polvo a todas las cosas de la cabaña: las sillas, las mecedoras, las camas y la nevera. Barre el piso pintado de rojo y después de eso organiza nuestras cosas en la habitación principal. Mamá suda y la blusa se le oscurece del sudor. Se sienta en una de las mecedoras, prende el aire acondicionado y me manda a buscar una gaseosa.

Es más de mediodía y hace mucho calor, pero quiero ir a mirar la playa. Papá me acompaña mientras habla de sus planes, vamos hasta los botes y damos vueltas por ahí, compramos gaseosas y cuando regresamos mamá ya se ha bañado. La cabaña parece otra y mamá también. Tiene el cabello mojado y está de mejor ánimo. Se ha puesto una blusa corta y unos shorts de jean. Volvemos a la playa, esta vez con ella, damos otra vuelta, comemos pescado en un quiosco de una viejita y después regresamos a descansar del viaje.

Capítulo 23

Me voy caminando hasta la playa de los pescadores. Subo por el camino que lleva a la montaña llena de cactus y piedras blancas, camino bajo el sol un buen rato hasta que llego a la playita donde están reunidos los pescadores. Acá no vienen los turistas porque es lejos y no hay venta de comida ni cerveza. Bajo la sombra de los trupillos los pescadores juegan dominó mientras esperan que las redes se llenen. Salieron en la madrugada en dos botes de madera y tiraron las redes de nylon esperando que buena pesca. Bajo en silencio hasta donde ellos se encuentran jugando dominó, los saludo con la mano sin hacer ruido, para no espantar los peces. A la mayoría los conozco del pueblo y ya ellos me reconocen también. Nunca me invitan a jugar dominó ni saben mi nombre, pero me saludan y me dejan estar con ellos. Me acerco y me siento en una piedra, cerca de donde están jugando, mientras uno de ellos hierve café en un fogón de piedra y me ofrece un poco en un pocillo de peltre blanco.

Al mediodía recogerán las redes, pero mientras tanto juegan dominó en una tabla que sirve de mesa y le cuelgan collares de piedra y coral en la oreja al que va perdiendo. Yo escucho sus conversaciones en voz baja, sus risas y los apodos con que se llaman. También los veo mirar inquietos hacia la playa cuando la marea sube.

A veces me aburro y me voy a pasear por la montaña, a recoger piedritas, a mirar las gaviotas y a perseguir alguna lagartija. Me gusta ver el pueblo a lo lejos, imaginar otros lugares más allá del mar y sentir la brisa que refresca el calor del día. Me canto bajito una canción que me hace pensar en la playa:

*...Buscaré un hogar para ti
donde el cielo se une con el mar, lejos de aquí...*

Aunque sé nadar bien, cuando estoy en la playa de los pescadores no entro al mar ni me subo a los botes si no me invitan. Ellos tienen agüeros y no quiero que por mi culpa se dañe la pesca del día.

Los botes de los pescadores están pintados con colores intensos: amarillos, negros, verdes, blancos, azules y rojos, descascarados por el salitre y marcados con nombres que me sé porque ellos los nombran todo el tiempo: Mariú, Irma Saskia, Lezza, Calipso, Mónica Margarita, Afrodita, Irina, La Cacica. Hoy trajeron a Mariú y Afrodita, que son grandes y nuevos.

Cuando ya es la hora todos se levantan como un ejército y salen a jalar las redes llenas de peces. Yo corro también y me pongo a jalar, somos más de doce jalando las redes, con rapidez y ritmo por que pesan mucho y los peces se pueden escapar. Los pescadores tienen los brazos secos y fuertes, acostumbrados a la pesca diaria, yo no, soy flaco, pero hago mi mejor esfuerzo y llenamos los botes con las redes repletas.

Después nos vamos a la playa del pueblo, ahí vaciamos las redes en la orilla, mientras cientos de peces atrapados dan brinco metálicos que no van a ninguna parte: bonitos, mojarras, sierras y pargos. Sé distinguirlos y tengo mis favoritos. También vienen en las redes algunos cangrejos, erizos y basura. A la playa llegan algunos curiosos a ver los peces, son turistas y niños que están

por ahí, también aparecen las gaviotas y los pelícanos y los perros y hasta algún marrano que esperan una oportunidad para comerse algún pescado.

La pesca se reparte muy rápido y en partes iguales. Los pescadores me dan una parte, a veces cuatro, a veces seis pescados. Yo regreso con mi botín en la mochila, orgulloso de mi labor. Camino por el borde de la playa hasta llegar a un camino de cemento que me lleva a la carretera y de ahí a la calle destapada donde queda la cabaña.

Mamá se encarga de asar los pescados y me mira orgullosa. Almorzamos, y luego, cuando el sol baja un poco, vuelvo a la playa, cazo cangrejos con los vecinos y hacemos sopa, voy al parque y paseo por la iglesia, compro gaseosa y me siento en la arena hasta que atardece y me voy a mirar mis cómics. Ya he aprendido a deletrear las palabras y cada vez me gustan más los cómics.

Los buses llegan al pueblo hasta las seis de la tarde y luego no hay manera de irse. En el pueblo se quedan los que viven ahí y algunos turistas en los hoteles. La mayoría de la gente se conoce y no hay mucho que hacer en la noche, solo tomar cerveza y escuchar música.

La luz es débil, parece de velas, pero yo miro mis cómics y luego converso con mamá. Sopla una brisa fresca y nos sentamos en la puerta de la cabaña. Ella me explica cosas, me habla de Marilyn Monroe, de las películas que hemos visto, del Hada de azúcar y me dice que es una parte de un ballet que se llama Cascanueces y me cuenta la historia del nuevo juguete que derrota al Rey Ratón. Como no hay cine, conversamos hasta que nos da sueño y nos vamos a dormir.

Capítulo 24

Mi tío Arturo aparece con papá en una camioneta roja. Hace mucho tiempo no lo veía y me da alegría que haya venido a visitarnos. Mi tío saluda a mamá y recorre la cabaña, dice que le gustaría comprar una así. Papá lo acompaña y van hablando de sus cosas. Papá se ve delgado junto a él, más quemado por el sol. Mi tío es muy alto y tiene los ojos verdes, aunque hoy tiene puestas unas gafas de sol. No se parecen tanto papá y mi tío Arturo. Mi tío es bastante tranquilo. Cuando habla lo hace con calma. Mamá le brinda jugo de tamarindo y una mecedora.

Después de mirar la cabaña y de dar una vuelta por el pueblo mi tío quiere que vayamos a comer a un restaurante que queda en el puerto. Mamá cierra con un candado la puerta de la cabaña y nos montamos en la camioneta. Mi tío conduce despacio entre las montañas, mientras papá le cuenta de sus planes. Mi tío menciona que estoy creciendo rápido. Yo sonrío y pienso que es verdad. También dice que estoy delgado, y mamá le dice que es por la playa, que no quiero salir del mar. Que mire lo quemado que estoy. Mi tío me mira de reojo y parece darle la razón.

El puerto está cerca, apenas bajando las montañas, junto a la estación del tren. Entramos sin problemas al muelle y subimos caminando la montañita que lleva hasta el restaurante. Ahí conocen a mi tío y nos dan la mesa junto al ventanal. Se ve el mar y la ciudad al frente. Papá pide cerveza y sigue hablando de sus negocios. Mi tío mira el menú mientras le habla de los riesgos que hay, de la guerra entre guajiros, de la policía de aduanas, pero papá no parece escucharlo y sigue hablando de sus negocios. Yo pido una malteada y miro por la ventana, pienso que me gustaría tener una cámara fotográfica para tomar fotos de la bahía, y parece que mamá me leyera los pensamientos porque dice:

–La ciudad se ve espectacular, miren, y señala con la mano.

Papá y mi tío suspenden su charla y se asoman a la ventana. Así nos quedamos un momento, mirando la luz rosada que cubre la ciudad, el gris en que se convierte el color del mar, las últimas gaviotas que se marchan, hasta que llega la malteada y nos preparamos para pedir la comida.

Capítulo 25

Una vecina le dijo a mamá:

–Señora, no se vaya a asustar si ve movimiento por la noche, oyó, es que llevan unas pacas a la playa. –Usted tranquila, le dijo con una sonrisa. Así fue que supimos otras cosas del pueblo.

Y es cierto. Después de la telenovela de las diez el pueblo se transforma. Se escuchan en los patios de las casas los ruidos de la gente que carga las pacas de marihuana acomodadas en bloques, escondidas durante el día bajo las láminas de zinc. Allá en la playa las esperan hombres con grandes lanchas. Todo es muy rápido y como un carnaval. En un momento las calles se llenan de carretas y de personas camino al mar. Se escuchan las ruedas de las carretas chocar contra las piedras de las calles destapadas y los gritos de la gente avisando que van en camino. Al poco rato todo queda solitario y en silencio, como si nunca hubiera sucedido.

La mañana siguiente es diferente a otras, parece un día de fiesta: los señores sacan las mecedoras al pretil y se sientan a tomar whisky en las puertas de sus casas, ponen los picós a todo volumen y se escucha la música por toda la calle.

A veces se escuchan disparos y a nadie parece importarle. A mamá sí, claro. Mamá se toma en serio los disparos y ya no quiere que yo vaya a la playa.

–Este es un pueblo de bandidos, le dice a papá. La gente anda armada, ¿no te das cuenta? Oye como suenan los disparos. ¿Qué clase de hombre trae a su mujer y a su hijo a un lugar como este?

Papá no dice nada y mira para otra parte, hasta que cansado de la insistencia de mamá, le contesta:

–Yo qué sé. Quien iba imaginar esto. Es por un tiempo nada más, mientras nos vamos a Bogotá. Además, nadie se mete con nosotros. La cabaña es cómoda, tenemos aire acondicionado, y como te digo, nadie se mete con nosotros.

Mamá sigue quejándose:

–Es peligroso, cualquier cosa puede pasar y nadie nos va a ayudar. No tenemos amigos aquí, somos extraños para todo el mundo. No hay agua en el día, hace calor todo el tiempo, además la gente nos mira raro.

Papá dice:

–Nadie nos mira raro, son vainas que se te ocurren. Esto es lo mejor que pude conseguir y no está mal, tú nunca estás satisfecha con nada. Sale y tira la puerta. Yo no digo nada, ¿qué podría decir el hombre invisible?

A mí me gusta ir de pesca con los niños de mi calle, tirar el nylon con el anzuelo y una tuerca y esperar que algún pez pique, jalar el carrete y sacar algún pescado, sumergirnos en el mar y

buscar cangrejos y erizos, andar descalzo por la arena y tirarles piedras a los techos de las casas, desaparecer de la vista de mamá.

Capítulo 26

Yo finjo. Ante papá y mamá yo finjo. Finjo que estoy de acuerdo con lo que hacen. Finjo estar contento. Finjo que me gusta ir de un lado para otro, finjo que quiero a papá, finjo ante mis tías y les digo que mamá ya está buscándome un colegio. Finjo ante mis primos y les digo que ya me vacunaron.

Finjo la vida que me gustaría. Le hablo a los niños que me encuentro en la playa de mis vacaciones en Disneylandia, de mi casa de dos pisos, de mis compañeros del colegio, del perro que tengo, de lo mucho que me quieren y me cuidan mis padres. Les cuento las historias que escucho a los taxistas, a los ascensoristas, lo que dicen en la radio, lo que veo en el cine y lo que le escucho a mamá.

Soy bueno contando historias, me salen con naturalidad. A veces ya no sé si me han sucedido en verdad. Si tengo perro o no. No me importa. Lo que quiero es que alguien me escuche por un momento.

Capítulo 27

Mamá y papá deciden que me voy a quedar unos días con mi tío en su apartamento. Mamá está intranquila viviendo en la cabaña, con todo lo que pasa en el pueblo dice que no duerme bien, le parece que alguien puede aparecer en la madrugada y tumbarnos la puerta, se imagina que nos matan y cree que es mejor que yo esté en un lugar seguro.

Mi tío está de acuerdo con sus planes, y nos invita a su apartamento, no ve la necesidad que estemos por allá lejos donde nadie nos conoce, pero papá siempre decide qué hacer y cree que es bueno ser independiente.

Yo no quiero irme lejos de mamá, pero papá dice que así son las cosas y punto. Recojo mis cómics, guardo el anzuelo en un cajón de la cocina por si alguien lo necesita, mamá me alista la maleta y me voy con papá a tomar el bus para irnos donde mi tío.

Mamá me abraza y se pone a llorar, yo lloro también.

—¿Cuántos días?, le pregunto.

—Una semana, máximo, dice mamá.

Papá dice que dejemos el show. Que ni que me fuera para Europa.

Capítulo 28

El apartamento de mi tío es nuevo, todavía huele a pintura y no han terminado de traer los muebles, pero hay camas y una mesita para comer, también en la sala hay una biblioteca grande llena de libros que le gustan a mi tío. Me dice que fue lo primero que trajo al nuevo apartamento. –Los libros son la mejor compañía, dice.

El apartamento ocupa todo el cuarto piso del edificio, es el último piso y se sube por las escaleras. Es grande y tiene un patio en el que hay unas cuerdas para colgar la ropa.

Mi tío me da el cuarto junto al balcón, es un cuarto grande pintado de azul claro, con luces blancas y una puerta junto al balcón que da para la calle. Reviso el armario como hace mamá y guardo mi ropa. Mi tío me dice que cuando quiera puedo acompañarlo al trabajo, si quiero.

En la tarde me lleva a comprar ropa, caminamos por las calles del centro y al final encuentra un almacén con ropa para niños. Me dice que elija lo que quiera, pero me resulta difícil escoger, mis pantalones y mis camisas, toda mi ropa la escoge mamá, pero mi tío me anima y al final me llevo varias cosas que me dejan satisfecho, camisas más bonitas que las que me compra mamá

Mi tío me lleva a comer helado Vaca negra, que es helado de vainilla con Coca Cola, me dice que se tomó la tarde libre para pasarla conmigo, me muestra la playa, el Camellón y el Morro, me lleva al Rodadero y luego, cuando ya es de noche comemos en un restaurante de un hotel cerca a la playa.

Al volver al apartamento mi tío mira las noticias en la televisión de la sala, discute con el presentador del noticiero y después se va a dormir. Yo me acuesto y me pongo a pensar en mi mamá y me dan ganas de que estuviera conmigo, me pongo triste, aunque pasé un buen día con mi tío, después me quedo dormido.

Capítulo 29

Cuando me despierto mi tío ya se ha marchado a trabajar, en su lugar se encuentra la empleada que hace el aseo. Me saluda y me pregunta si quiero desayunar. Me siento un poco raro de tener quien se ocupe de mí, así de esa manera. Pero si, si quiero desayunar.

Después me dedico a curiosear todas las cosas que mi tío tiene en el apartamento. Miro las revistas y los libros, los discos, los cuadros, los papeles, las fotos, miro todo lo que puedo. Abro cajas y maletas. Después me aburro o me canso, no sé. Luego regreso a mi habitación y miro mis cómics, los de Tito y su burrito.

Al mediodía regresa mi tío, almorzamos juntos lo que Deyanira, la señora que lo ayuda, ha preparado. Después mi tío se va a hacer la siesta y escucho sus ronquidos desde mi habitación. Después el tío se levanta, se hace un café, se lava la cara y me invita a ir con él.

Mi tío Arturo es dueño de una librería muy grande en la que vende libros, papeles y muebles de oficina, máquinas de escribir y todas esas cosas. El negocio ha crecido desde la última vez que lo vi y ahora tiene negocios con la alcaldía y la gobernación. Tiene muchas vitrinas de vidrio con libros y una caja registradora. Mi tío me muestra la librería que es gigante. Yo me sorprendo que haya tantos libros juntos, los cojo, los miro, los toco y a mi tío no parece importarle, al contrario, le gusta que me gusten los libros. Tienen muchas letras esos libros, mi tío toma uno y me lee en voz alta:

*...Su luna de pergamino
Preciosa tocando viene
por un anfibio sendero
de cristales y laureles.*

*El silencio sin estrellas,
huyendo del sonsonete,
cae donde el mar bate y canta
su noche llena de peces...*

—Son poemas, me dice. Yo escucho las palabras y no entiendo nada, pero me gustan como suenan.

Después me dice que tiene que visitar a unos clientes y me deja con los empleados, me da una caja de lápices de colores y hojas de papel para que dibuje si quiero, también unas monedas para que compre empanadas donde el argentino.

Yo trato de dibujar un cómic, con un superhéroe que se llama Tommy, pero me queda muy feo. Pinto entonces una casa junto al mar y un perro.

Cuando cierra la librería mi tío me lleva a un café cerca a la catedral, allá lo están esperando sus amigos tomando aguardiente, pero mi tío pide café y un helado para mí. Después se pone a conversar de política, discuten de muchas cosas y yo me aburro ahí sentado en esa silla en la

que no toco el piso con mis pies, le digo al tío que me quiero ir y él me pide que lo espere un poco más. Repito helado y al final nos vamos al apartamento.

Capítulo 30

Una noche llegó mi tío con un libro rojo y amarillo.

–Te traje un regalo, me dijo.

Lo abrí y vi un pequeño libro de tapas rojas y amarillas. Yo lo miré y no supe qué decir. Le iba a preguntar qué era, pero antes, él comenzó a explicarme:

–Este es un diccionario y tiene muchas palabras del idioma español con sus significados. Te va a ayudar a aprender a leer y entender muchas cosas. Cuando no sepas algo, lo consultas aquí, ya verás lo útil que es.

Yo le agradecí y lo abracé. El abrió el libro y me empezó a explicar:

–Este diccionario tiene las palabras y lo que significan, al lado hay algunas imágenes para que te orientes, es sencillo. Me mostró una palabra y me ayudó a deletrearla: *Maravilla*. Yo la leí y la repetí: *Maravilla*. Mi tío me leyó el significado: *Persona, cosa o suceso que produce admiración y asombro por poseer alguna característica o cualidad extraordinaria*.

Qué chévere, pensé. Seguí mirando las palabras que estaban ahí. Quería saber leer para saber más. Quería más maravillas.

A los pocos días mamá pasó por mí y regresamos a la cabaña, junto a papá. En el pueblo todo seguía igual. Yo volví a la playa y a jugar con mis amigos, pero ahora me llevaba el diccionario y leía las palabras cuando iba a los cerros. Mi tío pasó a visitarnos y me preguntó cómo me iba con la lectura, con orgullo le dije que iba muy bien, y era verdad. Cada vez leía mejor.

Entonces sacó un libro y me lo dio. Leí el título en voz alta para que mamá, papá y mi tío me oyeran: *Sandokán y los tigres de Mompracén*. Yo mismo me sorprendí de mi voz y lo bien que había leído todo sin equivocarme. Mamá me felicitó y me dio un beso, después de eso mi tío se marchó.

Capítulo 31

–Alista tus cosas que hoy nos vamos para Bogotá, me dice papá. Me pongo a buscar mi mochila, mis cómics y mis libros, sin decir nada. De mi ropa se encarga mamá. Yo me imaginé que íbamos a viajar pronto porque papá fue a visitar al tío Arturo y después de eso hizo compras de mercancía. Siempre sucede lo mismo: papá y mi tío hablan en secreto, mi tío le da dinero, papá compra cajas de whisky y cigarrillos y luego papá los vende en otra ciudad.

Mi tío no está de acuerdo con los negocios de papá, le parecen peligrosos, pero al final termina dándole dinero. Papá no quiere trabajar con mi tío, no le gusta recibir órdenes ni tener jefe, aunque sea su propio hermano. A papá le gusta ir de viaje, hacer planes en otros lugares y nadie puede convencerlo de quedarse en algún sitio mucho tiempo. A mamá también le gusta viajar. Yo ya ni pregunto para dónde nos vamos. En eso consiste ser yo: que papá y mamá decidan por mí y seguirlos adonde quieran. Ser invisible.

Mamá regresa con algunas frutas y comienza a empacar la ropa. Yo guardo el diccionario y mis cómics en la mochila, pero reviso debajo de la cama, por si se me queda alguno. Una vez olvidé un radio de pilas, en forma de carro, que mi tío me había regalado. Y estuve lamentándome mucho tiempo, aunque pensé que tal vez papá lo había vendido.

Papá está muy animado, saca dinero de la cartera, lo cuenta, me da un billete, me acaricia la cabeza, cosa rara, y sale a entregar las llaves de la cabaña. Cuando vuelve nos dice:

–Nos vemos en la estación, yo me voy encargando de algunas cosas. Allá los espero.

Nos despedimos y se va. Mamá y yo tomamos un jugo en un quiosco de la playa, esperamos un rato y luego salimos. Nos vamos en un taxi bordeando las montañas y al poco rato llegamos a la estación del tren. Yo alcanzo a mirar atrás y veo al pueblito que se hace cada vez más pequeño y pienso que lo pasé bien a pesar de los disparos y las peleas de mis papás, recuerdo a los pescadores y deseo en voz baja que puedan llenar sus atarrayas.

La estación del tren es bonita. Está cerca del puerto y del restaurante donde fuimos con mi tío. Tiene las paredes de color vainilla y verde con azulejos en algunas partes. Se ven las líneas del tren que se pierden en la distancia y a lo lejos los cerros pelados por el verano.

Llegamos temprano, así que damos algunas vueltas por ahí mientras papá aparece. Encontramos el tren en que viajaremos, es un tren pintado de rojo oscuro con azul como de botella y la locomotora es negra. Cada vagón tiene pintadas en grande con letras amarillas las iniciales de Ferrocarriles Nacionales. Es un tren muy largo, así que buscamos nuestro vagón y nos ponemos cerca de la puerta de entrada para estar listos cuando nos toque subirnos. Mamá tiene los tiquetes del viaje, de papel amarillo impreso con tinta roja y me lee el número de nuestros asientos y el recorrido que vamos a hacer: Santa Marta, Ciénaga, Aracataca, Fundación, Bosconia, Chiriguáná, Tamalameque, La Gloria, Gamarra, Barrancabermeja, Puerto Berrio, La Dorada, Villeta y Bogotá. Realmente vamos muy lejos.

Vemos a papá en los vagones de atrás, arreglando cosas con los encargados, y nos hace señas con la mano para que nos montemos al tren. Mamá y yo subimos al vagón que ya empieza a

llenarse. Es uno de los vagones del medio y no va muy lleno. El tren debe salir a las cuatro de la tarde, pero a nadie parece preocuparle la hora. El sol está bajando, pero aún se siente mucho calor. El tren calienta motores y se puede respirar el humo que arroja la locomotora.

Nuestro tren es el Expreso de Lujo, que tiene mejor servicio que el Autoferro, el otro tren que viaja a Bogotá, ha dicho papá. Tiene los asientos de terciopelo rojo, grandes y acolchados, con cortinas rojas bonitas y pesadas y tiene un vagón restaurante y un bar.

Capítulo 32

Yo llevo mi mochila, mamá una maleta café en la que van nuestros sacos para el frío, unos pantalones de terlenka, unos gorros de lana, unas bufandas, y en el bolso, un cancionero de Roberto Carlos, el cuaderno, lápices y algunas cosas de aseo. Pienso que menos mal mamá no compró la guitarra que le gustó en Cartagena. No hubiéramos tenido lugar donde ponerla. Mamá pone la maleta y mi mochila en el compartimento de arriba, me lanza una mirada de complicidad y me sonrío, se sienta y me hace sentar a su lado, junto a la ventana. Le sonrío, estiro las piernas y miro por la ventana. Veo llegar a la estación señoras y señores, algunos hippies, policías, ayudantes y vendedores, pero no veo ningún niño.

Pienso en los hippies y en nosotros. No somos hippies, de eso estoy seguro. No vendemos pulseras ni todas esas cosas que venden ellos. Tampoco permanecemos en las plazas y parques como ellos, ni cerca a la playa ni en la entrada de las iglesias. Tampoco usamos con nadie palabras de amor y paz, ni por error. Pero como ellos, vamos de un lugar a otro, de un barrio a otro, de una ciudad a otra. Viajamos en buses baratos, en trenes, en taxis; y llevamos maletas, mochilas, cajas de cartón y la mercancía que papá lleva para vender.

Así le gusta llamarla: la mercancía. Mamá la llama el contrabando. Son cajas grandes de cigarrillos: Marlboro, Kent, Lucky Strike, Camel, que tiene un camello pintado en las cajetillas, Parliament, Kool y también cajas de whisky: Old Parr, Jameson, Black and White, Chivas Regal y sobre todo uno que está de moda, Ballantines, de botellas rectangulares y oscuras. Papá se enoja cuando mamá le habla del contrabando y deja de hablarle por algún tiempo. Él dice que es un comerciante, aunque en los retenes le toca bajarse a darle dinero a los policías. Es el único momento que parece darle la razón a mamá.

A veces en los buses se suben hippies de verdad, llenos de collares de colores con pantalones anchos, algunos con guitarra. Yo los miro con curiosidad, me gusta ver a las hippies que no usaban brasier y tienen blusas blancas de manga corta. Papá mira para otro lado cuando pasan cerca y arruga la nariz, como si olieran feo. A mamá en cambio le gusta comprarles cosas: pañoletas para el cabello, aretes, collares, anillos de colores y para mí, algún amuleto, un ojo de buey o una pulsera. Papá nunca pierde la oportunidad de hablar mal de los hippies:

—Hasta ladrones deben ser, nunca veo que trabajen, dice. Mamá no le contesta nada, solo lo escucha hasta que papá deja de quejarse.

Papá sube al tren y nos dice: —Ya todo está arreglado. Luego se acomoda en un asiento cruzando el pasillo y mira por la ventana, hacia los vagones de atrás. Esta vez yo tengo un puesto para mí solo y no tengo que ir en las piernas de mamá, así que estoy bastante contento.

El tren sale tarde de la estación, pero a nadie le importa, todos hablan de cualquier cosa, algunos leen el periódico y otros, como yo, miran por la ventana. Se escuchaba en alguna parte del vagón una canción:

*...Solamente me queda el recuerdo de tu voz,
como el ave que canta en la selva y no se ve...*

El tren alcanza muy pronto una gran velocidad y empieza a refrescar dentro, la brisa entra por las ventanas revolviendo el pelo de mamá y pronto el murmullo de las conversaciones da paso a un silencio que lo envuelve todo, solo queda el ruido que producen los rieles del tren, un constante traqueteo que nos acompañará hasta Bogotá.

Miro por la ventana y empiezan a aparecer las matas de plátano que golpean al tren, todas verdes, cargadas de racimos verdes también, y su olor fuerte que penetra todo. Mamá me dicen que manchan la ropa, que me aleja de la ventana. Lo hago, pero al momento vuelvo a mirar. De vez en cuando veo un río pasar, como una serpiente que se esconde, pero nada más.

Estos viajes son una preocupación para papá, aunque no lo diga. Mucha gente hace lo mismo: llevan contrabando y lo venden en Bogotá. Los buses y trenes van llenos de whisky y cigarrillos, y gafas y televisores y cada vez hay más policías y agentes de la aduana esperando su comisión para dejarlos pasar. Además, hay balaceras, robos y muertos, me dijo mi tío.

Llegamos a la estación de Ciénaga. Por las ventanas del tren aparecen toda clase de vendedores ofreciendo arepas, pescados fritos, jugos, guarapos, pedazos de pollo, empanadas, plátano paso, abanicos chinos, toallas y menticol. Estoy seguro que hay más vendedores que pasajeros. Algunos logran entrar al tren, pero luego, cuando el tren arranca, así como aparecieron, desaparecen.

Papá aprovecha la parada en la estación para ir al vagón de carga y dar una vuelta a sus cajas. Mamá me pregunta si tengo hambre y me dice que podemos ir al vagón restaurante, pero le digo que no. No me quiero mover de mi asiento, quiero mirar por la ventana, me gusta ver la gente de los pueblos, la oscuridad que empieza a cubrir las casitas con techos de paja, ver los perros flacos y los niños barrigones en la orilla de la vía. Papá regresa tranquilo, todo marcha como a él le gusta.

Luego cae la noche y se hace un gran silencio. Abrazo a mamá y ella me abraza también, alcanzo a ver luciérnagas por la ventana y después, sin darme cuenta, me quedo dormido.

Capítulo 33

Miré por la ventana y todo se veía verde. Había vacas gordas comiendo pasto y nubes grises. También vi los vidrios del tren empañados por el vapor. Bostecé y estiré las piernas. Llevábamos muchas horas de viaje y yo había dormido toda la noche. No sabía qué hora era porque todo estaba gris y el sol no se veía por ningún lado. Hice un dibujo con dedo en el vidrio de la ventana y miré como se deshacía. Tenía puesto un saco de lana que seguramente mamá me había puesto mientras dormía.

Mamá me sonrió y dijo:

–Vamos para que comas algo, no pruebas bocado desde ayer. Cruzamos el pasillo hasta el vagón restaurante.

Con el olor de la comida me di cuenta que tenía mucha hambre. Mientras esperaba mi comida seguí mirando por la ventana. Todo era verde y gris. Se veían casitas de las que salía humo por el techo, se veían vacas y perros, y a veces señores con sombrero y ropa de lana que pasaban muy rápido por nuestra vista.

–Estamos en la Sabana de Bogotá, dijo papá, que llegó detrás nuestro, a comer también. Ya empezó el frío, siguió diciendo.

De por acá es la familia de papá, pensé, pero no lo dije. El tren seguía a toda velocidad, pero parecía ir más rápido cuando nos acercábamos a Bogotá. Los pasajeros empezaron a animarse y uno gritó:

–Ya estamos en la nevera, nojoda.

Pero yo no sentí frío, tal vez porque todos íbamos abrigados y encerrados en el vagón. Comimos y regresamos a nuestras sillas, yo cambié de lugar con papá, que se puso a conversar con mamá, mientras yo buscaba en la maleta algún cómic que leer.

Al fin llegamos a la capital, atravesamos la ciudad hasta la Estación de la sabana, un lugar bonito y lleno de gente que iba y venía de un lado a otro, vestidos con trajes de lana, o corbata y algunos con sombrero. La estación se veía oscura porque estaba nublada la ciudad, pero se escuchaban por todos lados los sonidos de los trenes, los pitos y el frío hacía que el vapor de las locomotoras se viera como nubes blancas que desaparecían al instante.

Papá fue de los primeros en bajarse del tren, corrió hacia los vagones del fondo para encargarse de su mercancía. Mamá y yo recogimos nuestras cosas y bajamos después. Sentí el frío que me pegó en la cara como un puñetazo, y me quedé paralizado sin atreverme a avanzar. Mamá se dio cuenta, así que me puso un gorro de lana y una bufanda. Bajamos y buscamos una banca donde esperar a papá. Abrí la boca para que mi aliento se convirtiera en vapor y así jugué un rato hasta que la nariz se me puso fría.

Papá llegó al rato y nos dijo que nos fuéramos solos al hotel, que iba a llevar la mercancía a una bodega. Le dio a mamá una tarjeta del hotel y varios billetes. Mamá se enojó, pero igual tomamos un taxi negro con amarillo que nos lleva al centro de la ciudad.

Llegamos al hotel *Le Blanc*, afuera tiene un letrero grande hecho con bombillos amarillos. Nos dieron la bienvenida y las llaves de la habitación.

El ascensorista tenía un vestido verde con rojo, como Pedro, mi amigo de Cartagena, pero este no respondió a nuestro saludo. Tenía ojos de ratón y una mirada triste. Nos dejó en el octavo piso y ahí buscamos nuestra habitación, la 802. La ventana de la habitación daba hacia los cerros, verdes y bonitos. Me tiré a la cama para descansar del viaje, pero al instante me levanté como un resorte: las sábanas están heladas. Mamá se rio de eso y yo también. Luego me acurruqué junto a ella un rato y le dije que tenía hambre.

Mamá arregló nuestras cosas antes de bajar al restaurante del hotel, mientras yo trataba de recordar en cuantos hoteles hemos estado hasta ahora: *El Americano*, *El Virrey*, *Tuffy*, *Residencias Marinas*, *Hotel Bahía*, *Hotel El Galeón*, *Hotel San Felipe*, *Hotel Express* y otros que no pude recordar.

El cielo se oscureció y parecía cemento fresco, me acordé del cielo azul de Cartagena. Tal vez por eso iban tantos turistas por allá.

Papá llegó cuando ya estábamos almorzando.

—Ya guardé la mercancía en una bodega en Chapinero. Ahora tengo que llamar a los clientes y venderla, dijo. Seguía entusiasmado. Pidió una cerveza para celebrar.

Mamá le preguntó al mesero por una academia de danza cerca al hotel, pero el señor no sabía. Mamá le preguntó por un salón de belleza y el señor le dijo que, en el primer piso, dentro del hotel había uno. Después subimos a descansar. El hotel era muy silencioso. No se escuchaba a nadie por ningún lado. Mamá me dijo que en Bogotá eran así, silenciosos. Tal vez por el frío yo también estoy muy silencioso.

Capítulo 34

En los días siguientes me dediqué a conocer el nuevo hotel: en el último piso quedaba la lavandería y las cosas del aseo. El restaurante quedaba en el segundo piso, el salón de belleza en el primer piso, cerca de la recepción. A la calle ni me asomé porque mamá me prohibió salir solo, me dijo que Bogotá era distinta a la Costa y que había que tener cuidado, así que le hice caso. Además, afuera llueve y hace mucho frío.

En algunos hoteles tuve algunos amiguitos con los que jugaba hasta que nos mandaban a callar o se los llevaban de regreso a sus habitaciones. Correr por los pasillos era lo máximo y yo algunas veces ganaba las carreras. Cuando no había niños me montaba en el ascensor y subía hasta el piso más alto para ver la ciudad en la que estábamos. Desde la azotea imaginaba que me iba lejos, contra el cielo azul, como Superman, pero al rato me aburría, dejaba de ver casas y plazas y bajaba resignado, como Clark Kent.

Por lo general mis amigos son los empleados del hotel: los recepcionistas, meseros, ascensoristas y camareros que nos atienden. Así ha sido en Cartagena, Santa Marta, Barranquilla, Valledupar y la vez que fuimos a Maicao a comprar mercancía. Me gusta conversar con ellos, preguntarles sobre su trabajo, las horas en que entran y salen, de dónde son, y ellos casi siempre me responden. Mamá me dice que no los moleste, pero yo no le hago caso. Como no sé sus nombres siempre les digo:

–Amigo, ¿Cómo te llamas tú?

Y ellos me contestan. Algunos son silenciosos, pero creo que es porque nadie les habla, solo les dan órdenes, como a mí.

Yo les pregunto más cosas:

–Amigo, ¿Dónde vives tú? Y sigo:

–Amigo, ¿Y eso dónde queda? –¿Qué es lejos?

Ellos sonrían y me responden, aunque a veces los canso con tanta preguntadera y se les nota en la mirada. Los que más saben cosas son los ascensoristas. Pasan encerrados y tal vez por eso se animan a hablar, no solo responden mis preguntas, sino que me cuentan historias dependiendo del número del piso al que voy, como Pedro, allá en Cartagena. Él tenía historias cortas de dos, tres y de cuatro pisos. También historias largas para ocho o diez pisos, y había historias que no alcanzaba a contarme completas y yo sabía que tenía que volver y escuchar el final en uno o dos viajes más.

Capítulo 35

Papá dice que podemos ir caminando hasta la Plaza de Bolívar para mirar la ciudad. Es temprano y hace mucho frío. Me doy cuenta de eso apenas me levanto de la cama y pongo los pies en el suelo. El piso está helado y me despierto de una vez. Me subo a la cama con un brinco y ya no quiero ir a ninguna parte, solo quedarme bajo las cobijas calientes, pero mamá me convence. Después, en el baño, el inodoro también está helado y ya no me gusta Bogotá. Mamá abre la llave del agua caliente para que me bañe, pero yo quiero que esté más caliente y mamá me dice que voy a quedar como un pollo en una sopa. Poco a poco me voy acostumbrando al calor, el baño se llena de vapor y la sensación es agradable pero dura poco, el frío empieza otra vez apenas salgo de la ducha.

Mamá me abriga tanto que parezco un oso polar, apenas se me ven los ojos entre el gorro y la bufanda, en cambio ella no parece sentir frío y solo se pone una chaqueta rosada con un jean.

Luego salimos a la avenida y veo gente que pasa a toda carrera. Mamá me dice que van a trabajar, y me explica que acá visten con saco y corbata. No sé para qué sirven las corbatas, pero acá las usan bastante. La ropa es oscura y todos usan zapatos de cuero. Miro las vitrinas de los almacenes, los maniqués con ropa de hombre, licorerías que tienen los mismos whiskys que vende papá, librerías, sombrererías y lugares donde venden café. Se oyen ruidos de una ambulancia y más gente que pasa a toda prisa, nadie parece detenerse.

Vamos a la Plaza de Bolívar y yo persigo a las palomas, mamá me compra maíz y las palomas me rodean cuando se los echo, papá me toma una foto y después otras con mamá. Creo que todas las plazas y los parques son de Bolívar y que en todos hay palomas y fotógrafos. Miramos el Congreso y hay otras personas mirando también, papá nos toma fotos ahí, después regresamos por la Carrera Séptima y mamá dice que debemos comer algo. Es verdad, empiezo a tener hambre, aunque la curiosidad me había hecho olvidarlo.

Entramos a una panadería que huele bien desde afuera. Huele a chocolate y a pan. La gente se sienta en mesas de madera y se escucha el sonido de los platos y las ollas, también a las meseras que van y vienen apresuradamente, con libreticas en la mano. Yo pido chocolate, claro, y pan y huevos con salchicha. Mamá pide un sándwich continental y papá, café negro.

Con el primer sorbo de chocolate me quemo la lengua, no parece, pero está hirviendo. Me dan ganas de gritar de la rabia que me da, pero el lugar está lleno y no digo nada. No siento la lengua ni el sabor del chocolate, y sigo con rabia, pero el hambre hace que siga comiendo y poco a poco recupero la sensación en la lengua, creo que los huevos están muy buenos y también el chocolate, que ahora soplo antes de tomarlo. Mamá se ríe y me dice que ese es el aprendizaje que hay que hacer, que todos se queman la primera vez, pero después ya no. No sé por qué no me dijo antes, si sabe tanto. Pido otro pan y una gaseosa, aprovechando que mamá sabe que me quemé.

Regresamos por la misma avenida, papá compra la lotería en una caseta, sube con nosotros al hotel, se lava los dientes y dice que saldrá a hacer sus negocios. Y se va cantando una canción que escuchó en la calle.

Mamá llama a la recepción y pide un café, quiere leerse la suerte. Yo miro por la ventana y veo los cerros verdes que están al fondo rodeados de bruma y nubes grises. Le digo a mamá que me gusta Bogotá. Ella no me dice nada, pero veo en sus ojos que se inquieta, sin embargo sonrío y me dice:

–Es bonita, ¿verdad?, Bogotá es chévere, pero tiene muchos cachacos, y se ríe con ganas.

Capítulo 36

Cada día papá sale muy temprano y regresa cuando ya es de noche. Ya no pasa tiempo con nosotros ni salimos juntos a recorrer la ciudad. Mamá no dice nada, pero organiza salidas siempre que puede sin preguntarle a papá. Y nos vamos a la biblioteca y al cine, también a los parques y al planetario. Solos. Creo que las cosas no han salido bien. Papá dice que le toca solucionar cosas. Y vuelve a salir temprano. Nosotros queremos que todo se solucione, pero no podemos hacer nada.

Mamá sabe andar por la ciudad y visitamos a sus amigas que viven aquí, todas se sorprenden que mamá tenga un hijo tan grande. Me dan chocolate y pan, como en la cafetería. Me regalan dulces, me besan y me abrazan. Nos invitan a los sancochos que hacen, se reúnen costeños que terminan cantando vallenatos.

Mamá se anima y empieza a buscar academias de ballet. –Acá deben ser buenas, asegura. Por fin consigue una: Academia Terpsícore, en El Chicó, al norte de la ciudad. Llama y le dan una cita. Mamá va con sus zapatillas y la trusa en el bolso. Yo me quedo en el hotel viendo televisión en la recepción.

En la tarde regresa mamá. Está emputada. Se le ve en los ojos. Yo subo tras ella, en silencio. Mamá tira con rabia el bolso. Por fin decide hablar y explicarme lo que le pasó.

–Imagínate, decirme a mí que no me aceptan en esa academia. A mí que practico todos los días. Decirme a mí que no tengo nivel, yo que bailo desde los tres años. Las patricotas esas me dijeron que las bailarinas no tienen hijos, que ya no tengo edad para dedicarme al ballet. Montón de culibajitas desgraciadas.

Mamá pasa la tarde quejándose, dice que buscará otra academia, pero lo cierto es luego de insultar a la directora, se sienta en la cama y se pone a llorar. Le dijeron que no y le duele. Se siente sola y triste y papá no está para contarle.

Capítulo 37

Hace días papá estás más hosco que de costumbre. Ya ni siquiera mamá puede preguntarle algo. Se molesta por todo y una mañana, antes de irse, trató de pegarme con la correa porque no he aprendido a amarrarme los cordones de los zapatos. Yo corrí para donde mamá y me escondí detrás de ella. Papá llegó con la correa y mamá le dijo:

–¿Oye, a ti que te pasa?, la vas a coger con el niño. ¿Él qué culpa tiene? Aquíétate. Déjalo tranquilo.

Papá le gritó:

–Entonces qué? ¿No puedo corregir a mi propio hijo sin que tú te metas? Estoy jodido yo contigo. ¿Estoy pintado en la pared o qué?

Mamá le dijo:

–Qué? ¿Ahora corregir es maltratar? ¿Qué culpa tiene Tommy de tus problemas? Trata más bien de pagar el hotel.

Yo no me moví detrás de mamá hasta que papá se fue. Desde ese día casi no veo a papá. Llega muy tarde y sale antes que yo me despierte. El administrador le preguntó a mamá cuándo le vamos a pagar la cuenta del hotel. Me acordé de lo que dice una canción: *cuando llueva pá arriba*. Pero no dije nada. Debemos casi tres meses y la cuenta sigue subiendo. Desde que le cobraron, mamá casi no sale de la habitación, comemos aquí y también desde aquí mamá hace las llamadas a sus hermanas. Mamá se la pasa de mal genio o llorando y yo trato de no incomodarla, así que permanezco en silencio cuando estoy con ella, me pongo a leer el libro, el diccionario o los cómics, pero cuando puedo me voy a la azotea a imaginar que vuelo. Desde ahí veo la lluvia que se estrella contra el techo y pienso en nosotros.

Capítulo 38

Me despertaron sus voces que poco a poco se hicieron más fuertes. Yo escuchaba en mi cama mientras fingía dormir:

–Te he dicho que lo voy a solucionar, dijo papá

–Llevas tres meses diciendo eso, dijo mamá. –Ayer volvieron a llamar de la administración, volvieron a cobrar. Pero tú ni te enteras porque no pasas aquí.

–Ya te dije que voy a pagar.

–¿Cuándo? ¿Cuándo? Ya estoy cansada de que nos miren mal. Nos toca comer aquí. Estoy prisionera en este hotel.

Papá se quedó en silencio. Se levantó de la cama y fue al baño. Escuché la ducha mientras mamá se levantaba y le hablaba desde la puerta:

–¿Dónde es que te pasas todo el día? ¿Por qué no has conseguido el dinero? ¿Qué pasó con el contrabando? Contéstame.

Papá salió del baño y comenzó a arreglarse, mientras mamá seguía preguntándole por el contrabando, cada vez más enojada.

–Yo me encargo, ya te dije, no jodas más, dijo papá.

–No me hables así–, dijo mamá. ¿Qué te crees? ¿Crees que soy boba? Todo el día por fuera y no resuelves nada, eso está muy raro.

–Ya no jodas más, gritó papá.

Yo me senté en la cama y papá y mamá se quedaron en silencio. Mamá volvió a hablarle:

–¿Qué le digo al administrador cuando llame? ¿Cuándo le vamos a pagar?

–No sé, dijo papá, en un tono seco y malhumorado.

–Y entonces ¿quién sabe? Dime ¿quién sabe?

Se le acercó con los ojos llenos de rabia y de lágrimas. –Dime, le gritó.

–Ya se acabó el jabón de baño, ya se acabó el champú. Ya solo quedan esas muestras del hotel. Dime qué vamos a hacer. DIME.

Luego todo pasó muy rápido. Papá sacó un puño y le pegó a mamá en la cara. Mamá se tambaleó del golpe y de la sorpresa. Enseguida reaccionó y le empezó a gritar:

–Indio, animal, ¿cómo te atreves? y se llevó la mano a la mejilla que empezaba a ponerse roja. Mamá sintió el golpe que comenzó a dolerle:

–Esto no se queda así, hijueputa. Y comenzó a buscar algo con qué pegarle a papá. Todo parecía una película, pero a toda velocidad. Mamá le tiró los zapatos y el frasco de perfume mientras lo insultaba. Después encontró el cuchillo de la comida:

–Ahora verás, zángano, si me vuelves a pegar. Y fue hacia él con la mano levantada y comenzó a tirarle cuchillazos. Papá comenzó a correr por el cuarto y cuando pudo salió al pasillo, mamá salió detrás. Yo salí detrás de los dos. No tenía tiempo para llorar, solo corría también. Los vecinos de las habitaciones cercanas se asomaron mientras se escuchaban los insultos de mamá y nuestros pasos corriendo por el pasillo. Papá subió por las escaleras hacía la lavandería mientras mamá lo insultaba y trataba de alcanzarlo con el cuchillo.

El administrador del hotel apareció y se sumó a la persecución, íbamos llegando al último piso cuando convenció a mamá de calmarse y ella, cansada, le entregó el cuchillo y se puso a llorar. Ahí fue que vi que mamá estaba en bata de dormir y que tenía la mejilla muy hinchada. Papá seguía en la esquina, arriba de las escaleras, sin decir nada. Respiraba agitado y se arreglaba la camisa, que se le había llenado de sudor.

Mamá regresó con el administrador por las escaleras y me abrazó. Yo la sentí temblando, la abracé y me fui con ella hasta la habitación, cerré con llave, ella se recostó en la cama y me dijo:

–Tráeme hielo, y se puso a llorar. Ahí la película se puso lenta. Lloraba en silencio y yo no sabía qué hacer. Papá no volvió y nos quedamos así, en la cama mucho tiempo, hasta que mamá se durmió con el hielo en la mano.

Al día siguiente mamá denunció a papá en una inspección de policía, y en la audiencia le prohibieron a papá pegarle a mamá o lo meterían preso. Volvimos al hotel sin mirar a nadie, en la noche ellos hablaron y decidieron que mamá y yo regresaríamos a la Costa mientras papá pagaba las deudas y solucionaba todo en Bogotá.

A mamá la mejilla se le puso bien otra vez, pero entre ellos todo era silencioso. Casi no salíamos de la habitación porque nos daba pena que nos vieran los vecinos.

Capítulo 39

Papá compró un tiquete para Santa Marta. Uno solo, para mamá y para mí, debo ir en las piernas de mamá durante todo ese tiempo del viaje. No digo nada, pero me imagino la incomodidad de mamá y la mía. Vamos a esperar a que papá pague las deudas y resuelva sus problemas, vamos a ir al apartamento de mi tío Arturo y allá llegará papá. Mamá no quiere regresar sin dinero a Cartagena, le da pena y no quiere darle la razón a mi tía Dilia.

Los autobuses son incómodos y el viaje dura más de veinte horas, pero es mejor viajar que seguir en el hotel con papá en silencio y mamá llorando.

Ellos ya se hablan otra vez, ya se abrazaban por momentos. A no me han dicho nada de lo que pasó en el hotel, es como si no hubiera sucedido, pero yo no olvido el cuchillo y el golpe a mamá. Tampoco los gritos y los insultos.

En la terminal esperamos porque el bus sale a las siete de la noche y hemos llegado temprano. Tenemos el tiquete, la maleta y la mochila, nada más. No llevamos regalos para nadie, ni nada. Regresamos con menos de lo que hemos traído. Hasta sin papá.

Yo estoy en silencio, mirando a la gente que llega. Me pregunto si todos se están despidiendo igual, si han peleado antes de venir, si empiezan, como yo, a detestar las despedidas.

Mamá llora por ratos, papá le seca las lágrimas con un pañuelo y se le acerca, se hablan bajito y él mira a lo lejos. Yo miro para otro lado y me vuelvo invisible. Así se pasa el tiempo hasta que anuncian la salida de nuestro bus.

Capítulo 40

Soy todo lo que mi madre tiene. Desde que papá no volvió ya no hay viajes posibles, no hay dinero para pagar las clases de ballet, los vestidos ni las zapatillas, ya no hay risas ni discusiones. Solo tiene el cuaderno marrón donde anota sus poemas y lo que sueña en las noches, los dibujos que hace en las servilletas, los telegramas que le envía a mi padre y que le han devuelto sin contestación. Yo soy todo lo que mi madre tiene. Yo no sé qué decirle, no sé cómo acompañarla cuando en la oscuridad de la noche la escucho llorar, no sé qué hacer cuando vienen a cobrar el pago de la pieza, no sé qué hacer con las pastillas que toma en las noches, yo no sé qué decir, soy un niño y quisiera estar en otro lugar, donde nadie llorara ni extrañara a nadie. Yo soy todo lo que tiene, y a mí se aferra con desesperación, con rabia y con tristeza, a mí me cuida y me abraza, me regaña y me culpa. A mí se aferra a toda hora, cuando va al parque o a la playa a pasear. Yo creo que también mamá es todo lo que tengo.

Capítulo 41

Sé que hay noches que mamá sueña con papá. Esas veces amanece silenciosa y distante, y no desayuna, solo toma café y se le da por cantar canciones tristes, de esas que escucha en radio:

*... ¿Quién fue quien no tuvo en la vida
un fracaso de amor, una desilusión?*

A mí me gustan más las canciones alegres, aunque esas no suenan mucho, como *El emperadorcito*, la canción que ponen en el restaurante del frente, me hace pensar en un niño al que le hacen caso:

*...Ponga cuidado, preste atención
que le está hablando el emperadorcito...*

Ahora vivimos en la calle diez, en Santa Marta, cerca a los bares y a la playa, en la zona de hoteles y residencias donde llegan los turistas, los extranjeros, los ladrones y las putas, dice mamá. Nos instalamos en un hotel de una familia de Bucaramanga, una larga casa convertida en un negocio: Residencias Marinas. Tiene cafetería y una sala donde ver televisión, también un largo pasillo con habitaciones a cada lado. La dueña vive con su familia. Nosotros tenemos una habitación amplia y luminosa, pintada de verde claro, pisos de baldosas de cuadritos verdes y rojas, con ventana para el patio donde cantan los pájaros que la dueña tiene en jaulas colgadas de los árboles.

Desde que volvimos de Bogotá hemos vivido aquí, mamá no quiso llegar a donde mi tío Arturo y buscó este hotel barato, hace cuatro meses vivimos en esta casa y a mí me gusta. Me gusta la tranquilidad de las mañanas cuando todos duermen y puedo jugar por los pasillos sin que nadie me vea, me gustan los ruidos que vienen de la cocina cuando al mediodía preparan los almuerzos, me gusta Claudia, la hija de la dueña, que tiene mi edad y que casi nunca me saluda, yo creo que es porque soy flaco, pero a mí no importa. Me gusta saber que a una cuadra está el mar, que puedo ir caminando cuando yo quiera, también saber que en esta ciudad vive mi tío.

El hotel está bien, pero la calle es mejor, o eso me parece: hay un restaurante paisa al frente, se llama La herradura, otros hoteles familiares a donde llegan los gringos con sus mochilas en la espalda, una tienda, un taller de mecánica con un letrero en la entrada pintado con brocha: Se reparan llantas, casas donde viven muchas familias y un bar que abre al caer la tarde. A la vuelta, cruzando una avenida hay canchas de fútbol y un barrio peligroso, dicen.

Cuando refresca las señoras sacan las mecedoras a las aceras y se sientan a mirar a la gente pasar mientras conversan, los perros callejeros juegan sin importarles que los carros pasen y los niños jugamos en la acera. Las casas tienen la pintura vieja, algunas están pintadas de azul claro, con ventanas donde se asoman niñitos que no salen a jugar por miedo a los carros.

A tres casas de mi hotel vive un niño con sus papás, se llama Chan, es como de mi edad y tiene una bicicleta, se la dieron sus papás en navidad, ya sabe manejar y pasa a toda velocidad por la calle y entra al hotel en la bicicleta, hasta que lo regañan y lo obligan a sacarla. Al principio me

ha costado hacerme amigo suyo, lo veía llegar al hotel, saludar y comprar gaseosa, pero de tanto llegar ya nos saludamos

A Chan le gusta andar sin camisa y usa pantalón corto que casi siempre es el mismo. Desde que somos amigos Chan está enseñando a manejar. Manejo por la calle, cuando no hay carros y cada vez lo hago mejor.

Creo que no vivimos lejos del apartamento de mi tío Arturo, mamá ha dicho que tal vez a unas quince cuadras, atravesando el centro, pero solo voy allá cuando mamá lo visita. Mamá está molesta con él, lo acusa de ocultarle donde está papá, dice que él sabe y no le quiere decir. Mi tío dice que su hermano menor siempre ha sido misterioso y hace lo que quiere, que nadie da razón de él, pero mamá no le cree y por eso que casi no lo visitamos.

La última vez que fuimos donde el tío nos invitó a vivir en su apartamento, nos dijo que ahí viviremos mejor, pero mamá no aceptó.

Cuando salimos a algún lado mamá me lleva de la mano, como si tuviera miedo de perderme, como si fuera un niño pequeño. A mí no me molesta, me gusta que mamá me apriete la mano y que caminemos así, juntos al mismo paso.

No necesito que mamá me lleve de la mano, ya soy grande, pero me sirve para saber si amaneció triste o contenta o si se va a enfadar conmigo. Cuando me aprieta mucho o me jala, sé que habrá problemas, que me regañará por cualquier cosa que se le ocurra o me mirará mal, pero cuando su mano me acaricia o es suave, sé que ha dormido bien y tiene buenos pensamientos ese día.

Últimamente se enoja por todo y me dice cosas hirientes. Anoche, cuando estaba leyendo el libro de Sandokan, me dijo que yo era tan inútil como papá. Me quedé en silencio y fingí no escucharla, pero me dieron ganas de llorar. Cuando me acosté me abrazó muy fuerte y otra vez vi lágrimas en sus ojos.

Hoy amaneció bien, creo. La vi sonreír, y creo que se acordó que también soy hijo de ella, no solo de papá, y me contó algunas historias de cuando yo estaba muy pequeño y vivíamos en Cartagena, y luego me dijo muy seria:

–Tenemos que volver, ya verás.

Pienso en Cartagena, en sus balcones con los que me pegaba por ir mirando cómics, en los restaurantes de chinos donde íbamos con papá, en el salitre de la brisa, en mi tía Dilia y mi tía Mildred y en mis primos con los que iba a la playa. También me acuerdo de la pistola de plástico que nunca me compró papá. No digo nada, pero me pregunto por qué es tan importante ser de Cartagena, si al fin y al cabo allá también íbamos de un lugar a otro.

Capítulo 42

Desayunamos en la cafetería, como todas las mañanas. Escucho el motor de la licuadora mientras hacen mi jugo de níspero. Mamá dibuja vasos, pocillos, pitillos y caras de personas en las servilletas que hay en la mesa. Llega Lucas, el hippie que vende relojes de arena, y nos saluda. Mamá sigue dibujando en la servilleta y no le contesta. –Hola Lucas, le digo. Lucas sigue su camino hasta el mostrador de la cafetería y ahí se queda sentado.

El calor de la mañana nos obliga a quedarnos en el hotel. Buscamos el patio donde hay sombra y brisa y nos sentamos en las mecedoras de madera que hay junto a la pared del fondo. Yo saco mis cómics y empiezo a ojearlos, ya los he leído todos y mamá no me ha comprado nuevos.

Ahora que parece que papá no volverá, vienen las nuevas amigas de mamá y hablan mal de él, aunque no lo conocen. Parece que ellas supieran que él es un mal hombre, un irresponsable que abandonó a su mujer y a su hijo. Vienen a cualquier hora y se sientan a conversar con mamá, y después de tres o cuatro frases, surge papá en la conversación.

Hoy no ha sido diferente. Llega Patricia, una gordita pecosa que vive cerca y que parece que no trabaja, siempre llega a la cafetería del hotel y se pone a conversar con quien encuentre. Le ha dicho a mamá que su sueño es encontrar un extranjero y casarse con él. –Un italianini, mejor, dice. Mamá se ríe, y luego se queda pensativa.

Patricia comienza a hablar de papá. Dice que seguramente tiene otra mujer, que todos los hombres son iguales. Mamá casi nunca dice nada, pero la mira y asiente con la cabeza. Victoria, otra de las amigas de mamá se suma a la conversación, yo las miro desde mi mecedora, las veo abanicarse, las veo sonreír, a veces se pintan las uñas o se maquillan mientras hablan.

Mucho de lo que dicen de papá es cierto, pero es mi papá. No tengo otro, nunca tendré otro. Casi nada le gustaba, y trataba mal a los meseros, pero es mi papá. Me gustaba la forma en que metía las manos en los bolsillos, la forma que sonreía cuando estaba con mamá, las fotos que nos tomaba. Me gustaba ir a cine con él, que me explicara las películas. Ya no me regaña, pero tampoco me cargará en sus hombros cuando me canse de caminar.

La mañana se va rápido entre la charla de mi mamá y mis cómics, ya pronto prenderán el televisor del hotel y llegarán al restaurante los primeros clientes. A pesar de la charla sobre papá, mamá continúa animada y hace planes para la tarde:

–Vamos a la playa, me dice, y así lo hacemos después de almorzar y reposar un buen rato.

Llegamos a la playa, a la derecha está el Puerto, y a la izquierda el Camellón, que es un largo camino que separa la avenida del mar. Está lleno de árboles, bancas y vendedores de raspao y de mango. También hay unas casetas donde alquilan boyas y pelotas para jugar. Y el mar al fondo, con unas nubes blanquísimas y un sol amarillo y rojo que empieza a descender.

Hace calor y caminamos por el Camellón buscando una banca con sombra, bajo algún árbol de trupillo o de almendro. Por suerte yo llevo puesta una camiseta china con dos botones en el hombro y una pantaloneta que fue azul. Me gusta el mar y mamá lo sabe, también me gusta el

cine y ella me complace, de resto no le pido nada, ni siquiera cómics, ahora que estamos sin dinero, no quiero que ella se preocupe o llore en la madrugada.

Mamá se recuesta en una banca cerca al monumento del fundador de la ciudad, pone a un lado su sombrero, su mochila, su novela y su cuaderno de poemas. Mamá sonrío, y quisiera que siempre fuera así, pero sé que no.

La brisa de la playa alborota el pelo de mamá que se lo recoge con la mano mientras me sonrío, el sol nos da en la cara, pero ya no es fuerte, apenas sirve para destacar los dientes blancos de mamá, que me dice:

–Tommy, ve un rato a la playa, yo me quedo acá, leyendo. No te metas muy hondo.

Me quito los zapatos sin desamarrarme los cordones y los pongo al lado de mi mamá, también me quito la camiseta, y corro sin mirar atrás, como si alguien me persiguiera, como si tuviera un hermano con quien competir en llegar primero a la arena. Me meto en el mar y me zambullo, hundo mi cuerpo lo más que puedo en el agua salada, cierro los ojos, y escucho las burbujas que ascienden, el rumor de las olas, y quisiera quedarme allí para siempre, a salvo de mi madre y del recuerdo de mi padre.

Capítulo 43

–Vamos a mi casa a ver televisión, dice Chan y yo acepto, aunque no me gusta mucho la televisión. Mientras caminamos pienso en lo que dijo: *mi casa* y creo que mi casa es el hotel donde vivo ahora, la habitación donde tengo mis cómics, las maletas y las cajas de cartón, y hasta que mamá diga, será mi casa, y luego tendré otra, en otro lugar.

La casa de Chan está a pocos pasos del hotel, tiene un par de ventanas que dan a la calle y un árbol en el andén, está pintada de rosado con azul claro y casi siempre tiene la puerta abierta. Adentro hay muebles de madera y mecedoras de mimbre. En la sala hay un cuadro con un Sagrado Corazón de Jesús que no deja de mirarme a donde voy.

Chan prende el televisor, que poco a poco empieza a mostrar las imágenes, mientras yo me siento en una de las mecedoras de la sala. El sonido empieza a llenar la casa y aparece Aquaman, nadando al lado de unos caballos de mar. Chan se tira en el piso y no deja de mirar la tele. Yo miro también, y de reojo miro la sala, el cuadro y los muebles. La sala es grande, tiene un abanico en la mitad del techo y está recién pintada.

Me gusta la casa, es fresca, amplia y silenciosa, apenas se escuchan los cantos de los canarios que están en el patio, junto al papayo y la hamaca donde se acuesta el papá de Chan cuando no está trabajando.

Hoy el papá de Chan está en la casa, lo sé porque se escucha la radio al fondo. El papá de Chan trabaja en el Puerto y por la radio anuncian a los trabajadores que necesitan en el muelle, por eso él mantiene la radio encendida, pendiente que le avisen cuando es su turno de trabajar. Se acuesta en la hamaca mientras en Radio Reloj ponen canciones y dan la hora. Cada hora anuncian los trabajadores que necesitan: coterros, wincheros, braceros, estibadores y tarjadores. El papá de Chan le sube el volumen a la radio y cuando le toca su turno, escribe en un papel la hora y el lugar al que tiene que ir. A mí esos nombres me no me decían nada, pero una tarde de descanso el papá de Chan me explicó lo que hacen allá en el muelle.

El señor se llama Ramón y maneja una grúa de carga. Recuerdo que he estado en el muelle varias veces, aquí y en Cartagena, cuando papá hizo algunos trabajos para Fernando, el amigo de la naviera, en unas bodegas grandes y en un buque que llegó de China, ahí estuvimos varias veces y me gustaba la brisa y el ruido de las cargas mientras subían la mercancía.

Los fines de semana, cuando no trabaja, Ramón saca el equipo de sonido al andén y se escucha la música a todo volumen:

*...Como me gusta mirar los barcos de la bahía,
que saben que fuiste mía, que saben a dónde estás....*

Ramón pone las mecedoras bajo el árbol de la entrada, para que se sienten sus amigos a tomar whisky y hablar del puerto, de los discos de salsa que tienen y de equipos de fútbol y de béisbol. Chan y yo una vez nos tomamos los restos de una botella, pero no sabía bien, nos reímos con ganas un rato y después nos fuimos a dormir.

Ramón siempre me recibe bien, me brinda limonada y me cuenta las cosas que le pasan en el puerto. Me contó que la casa donde vive es propia, que la compró hace algún tiempo con dinero de su trabajo, me explica que fue marino y me habla de Nueva York, de Japón en invierno, cuando la nieve cae y hay que tomar té caliente, de los mares del Sur, con tormentas que desaparecen barcos y de las sirenas que en noches oscuras los llaman desde lejos, también me habla de veleros, fragatas, goletas, buques y toda clase de embarcaciones. Me dice que no ha conocido una mujer más hermosa que su esposa, que la conquistó en un baile al que no quería ir, que le cantó al oído cuando bailaban:

*Una mujer que yo vi, en una noche de luna,
era una mujer morena la que me robó la calma....*

Me dice que el secreto con una mujer es mirarla a los ojos y nunca dejar de hablar. Yo me río y él se ríe también, al escucharse.

La mamá de Chan, Carola, también sonrío cuando yo paso por su casa. Es alta, morena y tiene el cabello ensortijado, y vive pendiente que Chan haya comido cuando sale de la casa. A veces me invita a comer, me brinda pescado frito con patacón y jugo de tamarindo, no me sirve ensalada porque le he dicho que no me gusta, pero a Chan sí lo hace comérsela toda. La mamá de Chan es buena cocinera y todo le queda bien, pero mi mamá es más bonita. A mamá no le gusta cocinar, pero sabe de comida y es muy exigente en los restaurantes.

Las tardes en que Chan se encierra a ver muñequitos en la televisión es más fácil que me preste la bicicleta. Yo juego con Chan casi todo el tiempo: vamos a la playa, vamos a la cancha de fútbol que queda pasando la avenida, vamos a dar vueltas en la bicicleta, y en las noches jugamos con otros niños, a veces a perseguirnos, a veces a escondernos, a veces fútbol. También jugamos con unos niños que viven en la calle y duermen en la playa a los que la mamá de Chan les da comida y los vecinos le regalan ropa.

Chan me pregunta: – ¿Dónde está tu papá?

–Creo que en Bogotá, le digo.

Chan piensa un momento, como imaginando donde queda.

– ¿Y cuándo va a venir?

–No sé, creo que no va a volver, le digo, sin saber si es cierto.

Chan va a preguntar otra cosa, pero no lo hace, solo me mira y ya.

Pienso en papá y en el tiempo que hace que no lo veo y me preocupo porque ya casi no me acuerdo cómo era, me cuesta trabajo recordarlo, y no sé si lo recuerdo a él o a un actor de una película.

Quisiera que estuviera aquí para contarle que he crecido bastante y que perdí un diente hace poco, –de leche, dijo mamá. También me gustaría contarle que cada vez leo mejor, que ya me leí completo el libro que mi tío me regaló. Pero no sé dónde está, ni su teléfono ni su dirección.

Capítulo 44

A Chan no le gusta leer, no le gustan los cómics, no le parecen divertidos a pesar que yo le explico que son como películas que uno puede llevar a todas partes. Yo, en cambio ahora leo todos los que puedo. Mamá los llama Paquitos. Ella prefiere sus folletos de poemas, los cancioneros y las revistas que hablan de los extraterrestres.

Chan me ha dicho que hay otro niño al que también le gustan los cómics, así que hacemos planes para que yo lo conozca, me dice que vive cerca y que podemos ir pronto. Yo tengo curiosidad por conocer a otro niño como yo. Le pregunto cómo se llama y dónde vive. Chan se ríe al ver mi interés y me dice que tranquilo, que Sandro vive cerca, como a una cuadra.

Una tarde después de ver *Centella El Justiciero* caminamos hasta la puerta de un bar que tiene un anuncio de neón sin encender: *Carlo's Bar Delfín*. Chan empieza a gritar por la ventanita del lado del bar:

—¡Sandro! ¡Sandro, oye!

Aparece un niño rubio, quemado por el sol, con el pelo crespo, como de mi edad, pero más grueso.

–Ya salgo, nos dice mientras se asoma por la ventana. Sandro me saluda, saluda a Chan y se pone a nuestro lado. Sandro ya sabe que me gustan los cómics, pero no dice nada. Se ríe con facilidad y se le ven los dientes grandes y amarillos como fichas de dominó. Chan me cuenta lo que sabe de Sandro, mientras Sandro asiente sin decir más: es de Italia y su papá, Carlo, también. Son de Roma, una ciudad donde vive el Papa. Hace dos años viven acá. El papá es dueño del bar y ahí llegan los marineros cuando se bajan de los barcos. Sandro tiene cómics que le regalan los marineros. Los lee en español y en italiano. Yo le digo que tengo algunos cómics y que los podemos cambiar, que antes tenía más, pero en los viajes se me han perdido la mayoría.

Salimos a la playa y nos vamos a dar una vuelta por donde las señoras que venden fritos, que apenas están armando sus estufas y sus calderos, así que todavía no hay empanadas. Con Chan y Sandro, caminando por la playa, pienso que somos los indios de las películas, esperando que pase una caravana para atacar, que somos *Li Sun, Abe Brown y Robert Diamond, Los Hijos del Tigre* y lucharemos *contra Los Silenciosos*, que somos una autentica pandilla, y que por fin tengo unos amigos.

Pasamos por la caseta donde alquilan flotadores, seguimos por la arena hasta la calle dieciocho donde está un payaso haciendo un show de magia que ya conocemos, pero igual nos detenemos a mirar, antes de seguir caminando. Me acuerdo de mi tío Arturo cuando decía que papá y mamá siempre andaban por los bordes: por los bordes de la ciudad, por los bordes de la plata, por los bordes de la ley, y empiezo a pensar que a mí me gustan los bordes de la playa.

A mi tío no le gustaría verme por la calle o por la playa con niños desconocidos. Dice que debo estar en el colegio o en la casa, con mamá. Pero a mí me gusta escuchar las olas del mar, los pitos de los barcos que anuncian su entrada al puerto, ver los buques que llegan, el faro que empieza a alumbrar y el malecón que rodea la bahía con árboles llenos de hojas que se mueven con la brisa de la tarde y las luces de neón cuando se empiezan a encender.

Capítulo 45

Trato de despertarla, pero su sueño es profundo. Las pastillas que mamá toma por la noche hacen su efecto y yo me angustio pensando que no va a despertarse nunca. Le jalo el brazo, le doy besos en la frente, le hablo al oído, pero no se despierta. Apenas murmura palabras que no entiendo, frases sin sentido para mí.

Siento su aliento caliente y sé que está en otro lugar donde no me escucha. Me da dolor y miedo pensar que mamá pueda morir. Vuelvo a jalarla para que despierte, pero ella estira el brazo para alejarme, para que la deje dormir. La dejo tendida en la cama y me voy, pero no quiero jugar ni hacer nada, solo vigilar desde la sala hasta que despierte.

Al poco rato vuelvo al cuarto y la llamo, a punto de gritarle le digo:

–Mamá, mamá, ya son las once, te vas a quedar sin desayuno, mira que van a cerrar la cafetería.

Se lo digo con insistencia, con la voz lo más alta posible, como suplicando, hasta que logro que se despierte, aunque tarda en reconocermé. Me mira tratando de enfocar la mirada. Luego se levanta medio dormida, se guía más por las manos que por los ojos, hasta que llega al baño, ahí se lava la cara y al salir me sonrío con una sonrisa triste. Yo no digo nada. Pero me preocupa que un día no me reconozca o que no se despierte más.

Capítulo 46

Mamá encontró una forma de conseguir dinero sin tener que trabajar para nadie. No sé cómo hizo, pero ahora vienen las vecinas a que mamá les lea las cartas. Vienen las muchachas que trabajan en los bares de la playa, algunas turistas que se quedan en los hoteles de nuestra calle, la señora del restaurante del frente viene también. La dueña del hotel no dice nada, le gusta que mamá tenga para pagar las cuentas y con eso le basta.

A la que le gusta más leerse las cartas es a Luz Dary, una muchacha de Medellín que trabaja por las noches cerca a la playa. Aparece por las mañanas cuando empieza a hacer calor y todo está quieto aún. A esa hora en el hotel solo está la señora que hace el aseo y nadie más. Luz Dary llega en short, con una blusa sin mangas que le deja ver el ombligo y unas sandalias de florecitas. A mí me gusta Luz Dary, tiene los ojos verdes, los senos grandes y un tatuaje en el hombro, una sirena que llora. Ella casi siempre está contenta o eso parece, a veces llega cantando canciones de su tierra:

*...Aunque he sido tanto tiempo tuyo
aunque sigas siendo tu mi mundo,
si he sabido tanto tiempo amarte
yo sabré olvidarte como lo haces tú...*

—Hola lindo, me saluda. Me da besos en la cara y me abraza con fuerza. Mamá no dice nada, pero sé que no le gusta, solo me mira y sé que debo marcharme.

Luz Dary le dice a mamá: —Mariana, tu hijo va a ser muy guapo cuando crezca, y me abraza otra vez. Mamá me mira una vez más, y no sonrío como yo quisiera, así que me voy al patio, mientras ellas entran al cuarto.

Mamá dice que ella no adivina nada con las cartas. Dice que las cartas solo responden las preguntas que les hacen, que si la pregunta es mala, la respuesta será mala. Que el futuro nadie lo conoce, aunque todos quieren llegar allá. A mí no me importa pero estoy contento que mamá pueda pagar el hotel, la comida y mis cómics. Pero mamá dice que no es correcto cobrar, que las cartas son espejos del alma del que consulta y ella una intermediaria y que por eso no debería recibir dinero. Creo que mamá se equivoca, nos merecemos estar mejor, que no se angustie tanto, que tenga amigas que la visiten y que podamos ir al cine.

A mí las cartas me parecen un juego, como el parqués o el dominó, pero con menos personas. Mamá en cambio se lo toma muy en serio, y siempre me hace salir del cuarto cuando va a leer las cartas para que yo no pueda escuchar o ver lo que hacen.

Mamá cierra la puerta, se sienta en el borde de la cama y saca el Tarot de una caja de metal donde lo tiene envuelto en un terciopelo violeta, luego pide a Luz Dary que se siente. Lo sé porque las espío por el calado que hay en lo alto de la pared.

Mamá baraja las cartas y luego se las entrega a Luz Dary. Ella ya sabe qué hacer, toma las cartas, las baraja muchas veces mientras cierra los ojos y luego hace una pregunta y le devuelve las cartas a mamá. Luz Dary siempre pregunta lo mismo: quiere saber cuándo saldrá el novio de la cárcel, y si volverán a estar juntos.

Mamá saca nueve cartas y las pone bocarriba una por una sobre la cama, luego las mira con calma. Después de un rato le dice:

–El cuatro de copas muestra que las relaciones basadas en la inseguridad y el apego tienen riesgos de acabar pronto. Lo dice en voz baja, como un susurro.

Luz Dary la mira, como dándole la razón, pero insiste: – ¿Y qué más dice? Mamá suspira y dice:

–Ojalá todos pudiéramos ver el final de las relaciones, así como vemos su comienzo. Luz Dary se queda callada, como recordando algo. Yo, desde donde estoy me pregunto si mamá dice esas cosas a Luz Dary o a ella misma.

Una tarde quise ver que tenían de especial las cartas, por qué tanto misterio con ellas. Abrí la caja y saqué el Tarot. Las cartas eran grandes y duras, como de cartón, no como las figuras de las chokolatinas. Me gustaron los dibujos y los colores. Tenían dibujado un loco, un ahorcado, un rey, una torre y otras figuras que no supe que eran. Las puse sobre la cama, como mamá hace y empecé a hablar como si Luz Dary estuviera escuchándome.

Mamá abrió la puerta y me encontró ahí, sentado con las cartas sobre la cama. No supe qué hacer ni qué decir. Me asusté y mi corazón se agitó mucho. Mamá puso mala cara, se sentó a mi lado y suspiró. Luego me dijo:

–Tommy, el Tarot es delicado y no puedes cogerlo para jugar. Yo lo utilizo para ayudar a las personas. Yo no sabía de lo que hablaba, pero puse mi cara más triste y mientras me hablaba yo movía la cabeza como si entendiera.

–No vuelvas a jugar con las cartas por que pierden poder, me dijo. –Son muy caras y difíciles de conseguir, siguió diciendo. –Te prohíbo que las vuelvas a coger. Me miró muy seria y luego me abrazó. –Entendiste? Es un asunto delicado y necesito que me ayudes con esto, ¿Sí?

Mamá guardó las cartas y se quedó en silencio, muy seria. Yo me quedé pensando que había dañado las cartas, que nos íbamos a quedar sin dinero y nos iban a echar a la calle, todo por mi culpa.

Un día mamá llegó del mercado y me trajo uvas, unas camisetas y unos zapatos nuevos, de esos que no me gustan, de cuero negro y cordones que me dan problemas. Venía contenta y sacó del bolso un paquete de cartas en una caja transparente.

–Son para ti, dijo. Yo volví a asustarme cuando me acordé de sus cartas, pero cogí el paquete.

–No es un Tarot, es una Baraja Española, pero también sirve para ayudar. Son cuarenta cartas. Las sacó de la caja y me las empezó a explicar:

–Están divididas en familias o palos, son cuatro: oros, espadas, copas y bastos. Me mostró una a una todas las cartas y me las explicó, luego me dijo: –También se llaman naipes y son tuyos, con ellos puedes jugar, si quieres.

Los cogí y los guardé, para mirarlos después. Me parecían más bonitas las cartas del Tarot, más mágicas. Mamá se fue tranquila pensando que yo dejaría de molestar sus cartas. Ella pensaba que yo quería jugar con las cartas, pero en ningún momento ese fue mi propósito. Yo quería otra cosa. Yo quería saber el secreto que tenían. Quería que Luz Dary viniera a buscarme, que me preguntara cosas, tener palabras que decirle, quería magia.

Capítulo 47

Para llegar al apartamento de Sandro tengo que atravesar por la mitad del bar de su papá. Sandro vive al fondo y mientras camino veo la barra, las sillas y los anuncios, también la caja registradora y las botellas. Todo se ve muy diferente de día.

Sandro duerme en una pequeña pieza desordenada, llena de papeles y afiches de películas. Huele a aserrín y a cerveza, pero el lugar es acogedor y Sandro es dueño de todo lo que hay, por eso podemos estar tranquilos mientras me muestra los cómics que ha conseguido. Tiene muchos y están regados por todas partes. Hay de todo: en colores y en blanco y negro, de distintos tamaños, hasta unos pequeñitos que traen dibujos desnudos. Me dice que en su país a los cómics los llaman fumetti, porque los globitos de la conversación son como humo que sale de las bocas de los personajes, y yo miro y es cierto, son como humitos que suben.

Sandro trae una revista Playboy, la abre por la mitad y me muestra a Shannon, una mona ojos verdes como Luz Dary, Miss July, que sonrío a la cámara, sin nada de ropa. Yo le sonrío también. Después me muestra los cómics que trae la revista, también de señoras desnudas. Después me muestra una revista Billiken y me dice que esas se las manda la mamá desde la Argentina. Yo

le muestro los cómics que he traído, casi todos de Batman y del Pato Donald y cambiamos algunos. Después discutimos sobre cuál superhéroe es mejor, cuál es más poderoso. Siempre discutimos porque yo digo que Batman es mejor, y él dice que Batman no es superhéroe. Yo lo sé, pero para mí es mejor.

El papá de Sandro duerme hasta el mediodía, después almuerza y sale a conseguir el trago y las cosas del bar, entonces tenemos mucho tiempo para mirar nuestras revistas. También ponemos música, que en el bar se escucha muy bien. A Sandro le gusta una canción de su tierra y me enseña a cantarla:

*...Una mattina mi sono alzato,
o bella, ciao! bella, ciao! bella, ciao, ciao, ciao!...*

La canción es muy buena y la cantamos a todo volumen, como si fuéramos soldados, después ponemos otras que están de moda, de las que pone el papá en las noches. Yo le enseño una que me gusta:

*...Soy lugareño y espero de ti el amor que yo quiero.
¿Por qué buscar leña al río si ahí estará el forastero?*

Después salimos del bar y damos una vuelta por la Quinta Avenida, a veces nos acompaña Chan cuando no ha ido al colegio y nos metemos al cine o cogemos un bus y damos vueltas por la ciudad. Cada vez conozco más y me gusta. Después volvemos y Sandro se va a ayudar a su papá a organizar el bar antes de abrir y yo busco a mamá que ya debe estar como loca, llamándome para saber dónde estoy.

Capítulo 48

–Ni creas que vas a juntar esos pedazos, deja eso ahí donde está, Tommy, me grita mamá. Estamos en la habitación sentados en la cama, mientras mamá corta todas las fotos donde aparece papá. La encontré cortando las fotos y me senté a su lado para acompañarla.

Saca las fotos de una bolsa de plástico que tenía guardada en la maleta y después de mirar cada una con detenimiento, las corta con rabia. Lo hace con unas tijeras grandes, cuidando de no cortar la parte donde estamos ella y yo. Yo trato de coger los pedazos que caen al suelo, tal vez por reflejo, tal vez porque no me parece bien romper fotos o tal vez porque quiero mirar a papá, pero mamá no me deja.

–Deja eso, me dice. Y me pega en la mano.

Son fotos que papá solía revelar en los laboratorios de sus amigos en Cartagena. Son fotos en blanco y negro en las que están él y mamá y en otras estamos todos juntos.

Mamá sigue cortando las fotos, aunque ya ha cortado la mayoría. Creo que le gustaría tener más para seguir cortándole la cara a papá. Sé que está enojada y que podría llorar, así que dejo los pedazos donde cayeron. Pienso que papá y mamá son como esas fotos rotas que están en el suelo: pedazos que ya no se juntan con otro, que ya no son una imagen de algo. Después mamá coge las fotos en las que quedamos ella y yo y las guarda en el cuaderno de poemas, barre los pedazos donde está papá y los bota a la basura. Yo escondo un pedazo que mamá no vio, donde está papá recostado a una fuente, sonriendo a la cámara. Al lado deberíamos estar nosotros, pero ahora no hay nada, solo la rasgadura del papel, así que papá sonrío solo, sin nosotros.

Capítulo 49

En realidad, mi cómic preferido se llama *Los Hijos del Tigre*, que no es la historia principal y aparece en la segunda parte de *Sang-Chi, master de Kung Fú*, después de las cartas a la revista, las fotos de Bruce Lee y los cupones de cursos, pero a mí no me importa. Me parece la mejor.

Los Hijos del Tigre son los alumnos del maestro Kee, un negro, un chino y un blanco que quieren vengar la muerte de su maestro, al que mataron unos ninjas. El maestro les dejó tres collares de jade: dos con garras y uno con una cabeza de tigre, y cuando los unen les da poder y fuerza y aparece un gran tigre que los ayuda a vencer a los enemigos. Ellos dicen juntos un mantra y aparece el tigre, y se vuelven fuertes y ágiles.

Yo me aprendí el mantra que dicen cuando invocan al tigre:

*Cuando tres son llamados y se levantan como uno solo,
como uno solo lucharán y se hará su voluntad.
Porque cada uno nace de nuevo: Hijos del Tigre.*

Yo pienso que soy el líder, que tengo el collar con la cabeza de tigre, que tengo a mis amigos a mi lado y que acabamos con los malos. Pienso que *los Hijos del Tigre* somos Sandro, Chan y yo.

Capítulo 50

Cuando mamá está contenta vamos a la playa o a cine. También vamos a un parque donde mamá se sienta bajo la sombra de un árbol y escribe cosas en su cuaderno, mientras yo busco tréboles en el pasto. Casi nunca encuentro, pero me entretengo. Miro las hormigas y les pongo palitos en su camino. Después mamá me compra autos de carreras en Sanandresito, manzanas con caramelo o chicles de colores.

Cuando cae la noche regresamos al hotel y cuando voy a dormir mamá me abraza y me cuenta algún cuento:

...Había una vez un conejo que se llamaba Rabito, y era muy, muy travieso, siempre le estaba haciendo travesuras a Tío Tigre que era muy amargado y egoísta...

Yo no me duermo hasta que terminan esos cuentos. Siempre son distintos y no sé si mamá los inventa:

...Había una vez un árbol derecho y uno torcido. Todos los días el árbol derecho le decía al árbol torcido: "Mirame, soy bello, mi tronco es alto y busca al cielo, y los pájaros hacen nidos en mis ramas, pero en cambio tú, eres feo y oscuro, todo torcido, nadie te quiere ver. El árbol torcido no decía nada. Pero una vez llegaron los leñadores al bosque..."

Algunas veces saca el cuaderno marrón y lee alguno de los poemas que ha escrito:

*Tengo la barriga
llena de flores muy pequeñas
que has puesto ahí,
también dejaste un caracolito de colores,
me siento llena.
Las flores quieren ser
árboles muy resistentes
y el caracolito quiere ir muy lejos.*

Tiene muchos poemas y me los lee:

*No soy yo quien canta
son las flores que he visto.
No soy yo quien ríe
es el vino que he bebido.
No soy yo quien llora
es mi amor perdido.*

Otras veces mamá me cuenta historias del abuelo:

–Cultivaba tabaco en una finca que se llamaba El naranjal, cuidaba las planticas hasta que era tiempo de trasplantarlas. Sabía cuándo iba a llover y cuando haría verano. El tabaco que cultivaba era negro y le decían Cubita.

La última vez que lo vi, fue cuando me mandó a Cartagena a estudiar. Él me llevó de la mano a coger el bus, yo no quería ir, yo iba llorando por el camino y me acuerdo que él cantaba una canción:

*...Lloraré cuando recuerde que te vi reverdecer.
Adiós caminito verde, adiós caminito verde
me voy para no volver....*

Mamá se pone triste cuando recuerda al abuelo, pero luego me abraza y se siente mejor. Le gusta recordarlo y se pone triste y alegre al mismo tiempo. Y se acuerda de sus hermanas. Las palabras de mamá son como las luciérnagas en la noche, como las que vi cuando iba en el tren: por ratos oscuridad, por ratos luz.

Capítulo 51

Por fin mamá acepta la propuesta del tío Arturo y nos vamos a vivir a su apartamento. Mi tío nos recibe con las llaves del apartamento, se las entrega a mamá, se inclina y me dice:

–Espero que la pases bien aquí. Y me mira a los ojos con sus grandes ojos azules.

Yo no contesto, solo miro a mamá. Ella nos mira y no dice nada. Nosotros ya conocemos el apartamento, pero aun así el tío nos muestra el lugar: la sala, el estudio, la biblioteca, la cocina, el patio, el cuarto de servicio y las habitaciones. Y el piano que compró.

A pesar que el apartamento tiene otras habitaciones mamá y yo tendremos la habitación del balcón para los dos. La habitación es grande, de color azul claro, con bombillas blancas, una mesa, un cuadro de frutas en la pared y un barco de guerra de madera sobre una repisa junto a la pared, con marineritos, cañones y banderas, todo pequeño.

Me acuesto en la cama grande. Mamá me mira y sonrío. Al rato llega el tío con un televisor rojo, lo acomoda en una mesita frente a mi cama y me dice que es para mí. Me sorprende, no esperaba nada de eso. Lo prendo y el tío me mira, y mira también la pantalla. Después se va y mamá me dice en voz baja:

–Yo pensaba comprarte uno hace tiempo.

Me acostumbro rápido al apartamento. Subo las escaleras saltando los peldaños de dos en dos, toco el piano cuando no está mi tío, leo los libros de la biblioteca, practico con el trompo, me asomo por el balcón y en las noches, desde el patio, miro las estrellas.

Mamá también se acostumbra: compra otras mallas y zapatillas, y ensaya sus pasos frente al espejo de la sala, pone música en el equipo y baila y escribe poemas en el cuaderno. También cocina para mí las dos recetas que se sabe. Y canta sus canciones tristes:

*... Y del amor aquel que quise darte
solo me quedan versos y añoranzas....*

Cada mañana mi tío se arregla temprano, escucha las noticias y luego de desayunar sale para la librería, me deja dinero para comprar cosas en la tienda de la esquina y se va. El apartamento queda oliendo a su perfume y yo me encierro a jugar en alguna de las habitaciones. El sol entra por todas partes y yo siento que solo falta un perro para que todo sea perfecto.

El tío es silencioso y casi nunca opina sobre lo que nosotros hacemos, se sienta a ver noticias y lee libros cuando está en la casa, también pone sus discos de música clásica. A veces, los fines de semana, saca la camioneta y nos vamos de paseo a algún río o a alguna playa lejos de los turistas. Esos días nos acompaña Magdalena, la novia de mi tío, una rubia que siempre anda con sus cuatro hermanos menores. La camioneta se llena con todos nosotros, mamá hace sándwiches para el camino y allá compramos sancocho o pescado.

El tío Arturo casi no va a cine, pero saca un proyector y pone películas que pasa frente a una sábana blanca en la sala, la mayoría son de muñequitos y no duran mucho, son en blanco y negro y aparece el ratón Mickey. Yo ayudo a mi tío a armar el proyector y también con la sábana. El tío dice que va a comprar otros rollos de película, para que vengan los hermanos de Magdalena.

Capítulo 52

Mamá canta desde que amanece. Yo la escucho cuando se va a la cocina a preparar el desayuno. Empieza cantando las canciones mexicanas que suenan en la radio:

*Cuando lejos me encuentre de ti, cuando quieras que esté yo contigo,
no hallarás un recuerdo de mí ni tendrás más amores conmigo...*

Después arregla la casa y sigue cantando, limpia los muebles y a media mañana ya ha dado un concierto y se prepara para otro:

*¿Qué será mi? Si cada noche se apodera de mí un mal
y es que yo sin ti, soy como un barco que no sabe a dónde va.*

Mamá se sabe todas las canciones de la radio y las canta con sentimiento, y creo que se escuchan por toda la cuadra. Me alegra saber que no tenemos vecinos al frente que puedan quejarse de las canciones de mamá. El apartamento se llena con su voz, que cambia según como se sienta de ánimo.

...Brindo con silencio mi homenaje triste

al ayer de besos que pasó y no existe...

Pienso en lo que dicen las canciones y siempre son cosas tristes, aunque el ritmo sea alegre. Siempre hay alguien que está lejos y alguien que se quedó atrás. Juego con el barco de guerra, pongo a los marineritos en fila y les asigno misiones mientras mamá sigue cantando:

*Siento tu mano fría correr despacio sobre mi piel
y tu pecho y mi pecho y tu desnudez. Y olvido reproches que imaginé.*

A veces mamá se queda en silencio y se siente un vacío muy grande por toda la casa. Cuando pasa mucho tiempo así salgo a ver qué pasa. A veces la encuentro con lágrimas en los ojos, otras veces sentada en la mecedora, con un café en la mano, mirando lejos. No me dice nada, ni siquiera parece verme. Yo sé que es el momento de hablarle, de decirle alguna cosa, así que invento algo de rapidez.

–Mamá, yo vi un platillo volador la otra noche, pero no te dije nada para que no te asustaras.

Mamá sonrío, sabe que miento, pero no le importa. Termina el café y me dice que se va a leer la suerte. Agita el pocillo y luego lo voltea y deja que se seque. Lo toma entre sus manos y mira la borra del café. Ahí ve, en los restos del café, caminos y viajes. Siempre hay viajes. Yo miro con insistencia el fondo del pocillo, pero nunca veo nada. Mamá entiende esos restos, los descifra y le hablan. Después se anima y empieza a cantar y yo puedo irme a jugar con mi barco otra vez.

Capítulo 53

Un día el tío Arturo no llegó a dormir y me enteré que estaba detenido en la estación de policía. A mamá le avisó uno de los amigos del tío, y salimos para allá tarde en la noche. Mamá preguntó por él y nos dejaron verlo, aunque al tío le molestó que mamá me hubiera llevado con ella. No se veía desanimado ni triste, estaba sentado detrás de unas rejas junto con otro amigo. Mamá le entregó un portacomidas con la comida que había hecho y una gaseosa en una bolsa de plástico. El tío lo recibió y lo puso en un rincón, luego se acercó la reja. Yo le pregunté por qué estaba ahí, y el policía que nos miraba movió la cabeza cuando oyó mi pregunta, mi tío me dijo: –Tommy, en la casa te explico todo lo que ha pasado. Descansa, mañana hablaremos. El policía, sin moverse de donde estaba, me dijo: –El señor está detenido por comunista. Yo no entendí lo que dijo, pero pensé que mi tío no podía haber hecho nada malo, ni tampoco lo que dijo el policía ese. Mi tío no miró al policía ni le dijo nada, nos dijo a mamá y a mí que mejor nos fuéramos para la casa, me acarició la cabeza y se despidió de nosotros. Mamá me tomó de la mano y salimos de la estación. Esa noche, cuando llegamos al apartamento, estuvimos mucho tiempo en silencio, hasta que por fin nos dormimos.

Mi tío regresó al apartamento en la mañana. No habló mucho, se bañó, desayunó y se fue a trabajar. Después me enteré que mi tío sí era comunista o algo así. Él me lo contó una tarde de un sábado, cuando escuchábamos música en la sala, me dijo que el mundo era un lugar injusto y que había personas que querían cambiarlo. A esas personas las llamaban socialistas y que algún día llegaría el comunismo. Me dijo otras cosas que tampoco entendí, pero me gustaba escuchar y ser tenido en cuenta.

Desde entonces mi tío se acostumbró a hablarme de todas esas cosas que le gustaban: del mono que se transformó en hombre, de cuando era líder sindical en el Valle del Cauca y lo amenazaron y por eso se había ido a vivir a Santa Marta, también de cuando en Cuba mandaba un dictador y llegaron los barbudos y lo sacaron corriendo. Yo seguía sin entender muchas de las cosas que me decía, pero le prestaba atención, era como otra película, con malos y buenos.

No fue la única vez que detuvieron a mi tío, cada cierto tiempo nos venían a avisar que tenían a mi tío en la estación de policía. Mamá ya sabía qué hacer, preparaba algo de comida y de ropa, también algún refresco y salía para la estación Norte. A veces yo la acompañaba, pero el tío le había pedido que no me llevara, no le gustaba que lo viera ahí. Cuando yo iba, me dejaban entrar un momento nada más, aprovechaba para darle algún libro o una revista, él se mostraba tranquilo y me acariciaba la cabeza. Luego nos íbamos. Al día siguiente mi tío regresaba cansado y orgulloso de su detención. Sus amigos lo celebraban y cada nueva detención era como un premio que se ganaba.

Mi tío se animó a organizar reuniones en el apartamento con sus amigos comunistas. Venían una vez al mes, todos se decían camarada y discutían sobre Marx y Mao, y eran serios hasta que comenzaba la música. Yo me asomaba, poco a poco, hasta que entraba y me quedaba. Mi tío hablaba de la revolución, del imperialismo, de Cuba y de Allende, a veces recitaba poemas:

*Amo el amor de los marineros
que besan y se van.
Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.
En cada puerto una mujer espera:
los marineros besan y se van.*

Pero cuando hablaba de *El Partido*, a mí me daba risa, a pesar de las explicaciones que me daban sus amigos, no lograba imaginarme eso, para mí *El Partido* podía ser alguien con una fractura o un pan en pedazos, con migajas y todo. ¿Cómo alguien quería pertenecer a algo que estaba así, *partido*?

Las reuniones eran hasta muy tarde. Tomaban whisky y brandí, hacían planes, leían fragmentos de los libros que traían en los bolsillos y en los maletines. Conspiraban, decía mi tío.

A veces, cuando habían tomado bastante, se abrazaban y gritaban *Vivas* y *Abajo*. Venía un señor que se parecía a Eneas, el de Benitín y Eneas, así largo y con un sombrero, venían unos chilenos que extrañaban su país, había un español que siempre hablaba de la Guerra Civil y de cambios y democracia. En algún momento de la noche empezaba a cantar sus canciones, esas que no se escuchaban en la radio:

*Cuando canta el gallo negro
es que ya se acaba el día,
si cantara el gallo rojo
otro gallo cantarí...*

Eneas se emocionaba y cantaba sus canciones también:

*Qué culpa tiene el tomate que está tranquilo en la mata,
si llega un hijo de puta y lo mete en una lata,
y lo manda pa' Caracas.*

A mí me gustaba una:

*...En la entrada de la fonda
hay un moro Mohamed
que te dice: pasa, pasa,
¿Qué quieres para comer?
El primer plato que dan
son granadas moledoras,
el segundo de metralla
para recordar memorias...*

Mamá no participaba de esas reuniones, decía que eran solo un montón de hombres tratando de salvar el mundo, como siempre y que el mundo seguía igual, como siempre. Así que mi tío no la invitaba, aunque los camaradas siempre preguntaban por ella.

Cuando terminaba la reunión se iban contentos y abrazados, algunos seguían cantando y Eneas le pedía prestado dinero al tío, para irse en taxi, mientras llegaba la revolución.

Capítulo 54

Dejo que mi mente vaya hacia atrás, muy atrás en el tiempo. Al momento en que era niño y me levantaba muy temprano los domingos y salía a la calle cuando todo estaba dormido y llegaba a la esquina a dos cuadras del apartamento y compraba el periódico para mi tío. Luego regresaba con él bajo el brazo, como si llevara un pequeño tesoro y se lo entregaba a mi tío, él

se sentaba en la mecedora y me daba las lecturas dominicales, yo me acostaba en el piso, a su lado, y leía los cómics, mientras él leía las noticias y los editoriales. Yo me sentía importante leyendo el periódico a su lado, me sentía grande, sentía el movimiento de la mecedora y sabía que él estaba ahí, conmigo, mientras yo leía a Educando a papá, Tarzán y El Fantasma, luego escuchaba a mamá en la cocina haciendo el desayuno, y el olor del café lo inundaba todo, y me sentía confiado y alegre, me sentía parte de algo, y deseaba que todos los días fueran domingo y que no terminaran jamás.

Capítulo 55

Mamá siempre me quiere cerca, y que le haga caso, *siempre*. Quiere que le conteste enseguida cuando me llama, quiere saber dónde estoy. Yo le hago caso, siempre. Y le contesto. No quiero que se enoje, no quiero que se entristezca, yo solo quiero que me quiera. Por eso no grito, no lloro.

A veces, cuando está enojada, me dice que me va a mandar a vivir con papá:

–Eres idéntico a tu padre, ¿con quién mejor que él puedes estar?

Yo no quiero ir a ningún lado, pero me lo dice con más frecuencia. Me lo dice cuando se acuerda de él, cuando amanece de mal genio, cuando algo no le resulta. Yo pienso que mamá no puede mandarme donde papá, ella no sabe la dirección y todas las cartas se las han devuelto, pero no estoy seguro y lloro en silencio, no le digo nada, no le quiero dar motivo para que me diga más cosas o en verdad me mande para Bogotá. Ella no quiere que lllore, pero me dice cosas que me hacen llorar. Yo me asusto con lo que dice mamá y me preocupo también, no quiero estar lejos de mamá. Pero no sé qué hacer, no sé a quién pedirle ayuda. Y me da vergüenza decirle a mi tío.

Mamá sigue amenazándome con mandarme a Bogotá, donde papá. Yo la oigo como cuando la lluvia trae tormenta y no hay donde refugiarse. Al fin un día estalla:

—Te vas para donde tu papá. Ya no te aguanto más. Me muestra el pedazo de foto que guardé, donde aparece papá. —¿Con él es que quieres estar? ¿Te gusta Bogotá? ¿Extrañas a tu papito? Bueno, hoy te voy a complacer. No sé cómo encontró la foto, pero está muy enojada.

Comienza a recoger mi ropa del armario y la guarda en una maleta, muy seria. Trato de abrazarla, pero no deja. Está furiosa y tengo miedo que me pegue. Yo finalmente lloro y le digo que no me quiero ir. Ella sigue empacando mis cosas, como si no me oyera, al rato me dice:

—Yo te quiero mucho, pero allá vas a estar mejor. Yo, así como quiero olvido, y tú tienes que aprender.

Yo no sé qué contestar a eso, me ahogo en mi llanto. Mamá me toma de la mano y salimos del apartamento, lleva la maleta en una mano y en la otra voy yo, llorando bajito. Mamá dice:

—Vamos al aeropuerto. Pienso en soltarme de su mano, en correr a alguna parte, pero ¿a dónde podría ir, sin mamá?

Avanzamos una cuadra, luego dos, miro a los árboles de almendro que están en la acera, con sus hojas que empiezan a ponerse amarillas, y los envidio: ellos no tienen que irse a ningún lado. Luego pasamos por un parque y mamá se detiene. Nos sentamos en una banca en silencio. Tengo los ojos enrojecidos de llanto. Mamá me mira y ya no está seria. Me abraza y se pone a llorar mientras me dice:

—Mentira, Tommy, tú no te vas a ninguna parte, tú eres mi niño querido. Y sigue llorando.
—Lo del viaje era jugando, tú te quedas conmigo.

Y me abraza más fuerte y me besa la cara. Yo también la abrazo y lloro y no sé qué hacer. No sé por qué mamá me hace esto. La maleta queda a mi lado mientras la abrazo. Yo me siento culpable, pero no sé de qué. Luego regresamos al apartamento, mamá vuelve a poner mis camisas y mis pantalones en el armario y no volvemos a mencionar lo sucedido.

Capítulo 56

Mamá sale mucho. Ha hecho amigas y amigos y hace planes sin mí. Por suerte tengo los libros que mi tío me regala, los cómics, la bicicleta y el televisor, con ellos me entretengo, pero no basta. Cuando cae la noche y mamá no aparece me dan ganas de llorar, así que me voy para dónde mi tío, que me cuenta historias de Las Mil y Una noches, de la Revolución Mexicana y de Adelita, o de las noticias del periódico. Después me lleva a dar una vuelta por el barrio, pasamos por la panadería y me compra pastelitos de bocadillo y un vaso de leche. Nunca mencionamos que mamá no está.

Perder a papá me ha dejado sin mamá. Parece que yo era la unión de ellos, la excusa para estar juntos, y ahora sin papá mamá no quiere ese lazo, no quiere estar conmigo. Yo me aferro a ella, trato de agradarle, la abrazo, la beso, le hago caso, trato de ser buen niño, aunque no sé bien que más hacer, ¿qué sé yo de ser bueno? Yo le recuerdo a papá y ella no quiere ese recuerdo.

Mamá perdió a papá en Bogotá, y yo la pierdo a ella frente al mar. Lo noto cada día en la forma como me mira, como si no me reconociera y vuelvo a sentirme como un barco en una botella.

Capítulo 57

Mamá espera a que me duerma para salir. ¿A dónde? No lo sé. Tal vez al cine que tanto le gusta. Tal vez a bailar. No lo sé. No me dice a dónde va. No quiero que se vaya, no quiero estar solo, sin ella. Así que no me duermo. O eso intento. Pienso en mil cosas para que no me dé sueño, cuento al revés, pienso en mis tías, pero al final no puedo más y por más esfuerzos que hago, al final me quedo dormido. Y ella se va.

Me despierto tarde en la noche y ella no ha regresado. Siento su olor en la almohada, pero ella no está. Sé que no la voy a encontrar, pero la busco en el baño, en el pasillo, y en la cocina, pero no está. No me atrevo a ir al patio, porque está oscuro y el viento parece que silbara, y me dan ganas de llorar y de gritar, pero no quiero despertar a mi tío.

Regreso a la habitación y me siento en la cama a esperarla. Enciendo la radio, pero no me concentro en escuchar ninguna canción, doy vueltas por la habitación, me angustio, leo mis cómics, pero ella no llega. Me asomo al balcón y la calle está en silencio y oscura. Pienso en lo que le pudo pasar, mantengo la luz encendida para que cuando ella llegue no tenga problemas para entrar. Llora en silencio y me imagino a mamá con esos tipos que no conozco. La imagino abrazándose y besándose en lugares oscuros. Siento rabia y tristeza. Mamá me abandona y no le importa lo que me pase. Llora y me dan rabia también mis lágrimas. Al final regreso a la cama y me duermo esperándola.

Al día siguiente me despierto cansado y veo a mamá que duerme a mi lado. Cuando se despierta me saluda con un beso y yo no digo nada, no le pregunto dónde estaba, no le cuento mis pesadillas, no le hablo de mis miedos en esta habitación tan grande y menos de mi llanto. Ella tampoco me dice nada.

Capítulo 58

Mamá, no quiero que sufras, no quiero que llores más. Voy a crecer, ya lo verás. Voy a esforzarme. Voy a trabajar mucho y ya no tendremos que irnos para ningún otro lugar. Voy a ser fuerte y todo saldrá bien. Podrás bailar en un escenario, y no despertarás llorando en la madrugada. Ya verás, mamá, como todo se soluciona, espera un poco a que yo crezca y nadie podrá hacerte mal. Estaremos juntos cuando cae el sol y no extrañarás a papá. Botaré las maletas y las cajas a la basura y ya no volveremos a necesitarlas, veremos muchas películas hasta muy tarde y al dormir cantaremos El Lobito Bueno y yo seré El pirata honrado, ya lo verás mamá, ya lo verás.

Capítulo 59

Mamá conoció a Julio en una obra de teatro, de esas que a ella le gustan y él empezó a visitarla cada noche, como a las siete. Era un señor que llegaba al apartamento en una moto azul, con un jean gastado, una mochila de fique llena de papeles y una boina café.

Dejaba la moto en el pretil, cerca a la entrada y timbraba para avisar que había llegado. Nosotros ya sabíamos por el ruido que hacía la moto. Cuando subía mamá lo saludaba y lo atendía en el balcón. Se sentaban en las mecedoras y se ponían a conversar. Él le hablaba de poetas, de versos, de la luna y del sol. Cada rato miraba por el balcón para asegurarse que su moto seguía ahí. Mamá le servía café y le daba galletas María. Él le traía folletos de poesía y cancioneros. Mi tío llegaba del trabajo y los saludaba, pero no les prestaba atención, seguía a la sala a ver las noticias en la televisión.

En algún momento de la charla con mamá, Julio se llevó la mano al pecho, se aclaró la voz y comenzó a decir cosas en voz alta. La primera vez que lo oí me asomé a ver qué le pasaba, pero mamá me dijo que Julio que estaba recitando unos versos.

*¿Que cómo fue, señora?
como son las cosas cuando son del alma:
ella era muy linda
y yo la quería y ella me adoraba.*

Julio miró a mamá para saber si tenía su atención, me miró a mí y después, satisfecho, siguió con su poema:

*Pero él, pero él,
hecho sombras, se me interponía...*

Yo lo escuché con atención, al principio, igual que mamá. Después me aburrí y me fui a ver televisión con mi tío.

Cada noche Julio llegaba al apartamento con sus folletos, con su mochila de fique y su pantalón desteñido. Se ponía la mano en el pecho y empieza a declamar sus poemas. A mí no me caía bien ni mal, me parecía un tipo triste, un poco sucio. Él recitaba otros poemas:

*Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,
y en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvos de ensueños y de ilusiones
yacen entumecidas mis flores negras.*

Un día no apareció más. Mamá me dijo:

–Ya me tenía aburrída con tantos poemas. Todas las noches la misma vaina. No sabía que así eran los poetas. Qué tipo tan cansón. Nunca quiere ir a bailar, nunca tiene plata.

Yo no dije nada, pero me alegré que no volviera, no quería que nadie visitara a mamá, aunque fuera un poeta.

Pero al poco tiempo vino otro señor, uno que no tenía moto sino un jeep café con vidrios oscuros, que usaba una gabardina marrón y unas gafas oscuras que nunca se quitaba. Mi tío me dijo:

–Ese es un detective de la policía. Se le nota en lo bruto. Solo ellos usan gabardina con este calor–, siguió diciéndome. Y era verdad. ¿A quién se le ocurría usar un traje con mangas largas con el calor que había?

Ese tipo venía cada noche y me saludaba como si fuéramos amigos. Me ponía la mano en la cabeza y me agitaba el pelo, como a un perrito. Después se iba para donde mi mamá. Yo lo odié desde el primer momento que lo vi. Odié sus gafas oscuras que nunca se quitaba, su manera de hablar que casi no se le entendía, sus manos en los bolsillos. Lo odiaba cuando me sobaba la cabeza, cuando me saludaba, cuando se iba con mamá. Y también la odiaba a ella por traerlo al apartamento, por dejar que me tocara la cabeza. ¿Qué le pasaba a mamá? ¿Por qué se veía con ese tipo ordinario? Yo les ponía mala cara, pero ni él ni mamá parecían darse por enterados, parecía que lo que yo sintiera no importaba.

Mamá se montaba en el jeep, se despedía con la mano y luego el vidrio oscuro no me dejaba verla. Yo los miraba desde el balcón y pensaba en la pistola que papá nunca me compró. Me di cuenta que nunca había odiado a nadie hasta que ese señor apareció. Se llamaba Francisco, y sí, era un policía, un detective. Eso me dijo mamá, que Francisco estaba en una misión y que por eso no podía decirnos de qué se trataba. Pensé que mi tío tenía razón: era un bruto y mamá también, por salir con él. Pensé en rayarle el carro, en insultarlo y decirle que no volviera nunca, pero no me atreví. No era miedo con él. Era vergüenza con mamá, que supiera que tenía celos, que me viera así.

Un día no vino más. Así, de pronto. Lo habían trasladado a Cúcuta. –Quien sabe que habrá hecho, dijo mi tío. Mamá no dijo nada y no se habló más de ese tipo. Pero yo no me olvidaba de su gabardina y sus gafas oscuras, y cuando lo recordaba me volvía el rencor, deseaba que lo mataran y ver la foto en el periódico.

Después mamá conoció a un marinero que estaba de paso por la ciudad, un tipo llamado Harry, que era alto y sonriente. Tenía doce horas de permiso y quería conocer la ciudad, pero mamá lo llevó al apartamento y comió con nosotros. Eso fue todo lo que conoció. A mí me cayó bien, no sabía pronunciar muchas palabras, no trató de ser mi amigo, pero me contó algunos chistes que eran graciosos solo porque él los contaba. Usaba un gorrito como el de Popeye y vestía de azul con blanco como el Pato Donald. Ese mismo día se fue, tenía que estar en el puerto a las doce de la noche. Se llevó nuestra dirección y le escribía cartas a mamá. Llegaban cada semana. Mamá se acostaba en la cama y las leía en voz alta para que yo escuchara. A veces las leía yo. Eran unas cartas de muchas hojas escritas en papel muy delgadito, en tinta verde o morada, con buena letra.

Harry contaba de sus viajes, le hablaba a mamá los lugares que donde se encontraba, los puertos, en realidad. Le hablaba de Marsella, de Limassol en la bahía de Akrotiri en Chipre, del puerto de Estambul, y de muchos lugares que parecían bonitos. Nosotros imaginábamos las ciudades, los cielos y los barcos. Leer las cartas de Harry era como leer un libro de aventuras. Después empezaron a llegar cajas que traían perfumes de diferentes colores, jabones y maquillajes, también venían chocolates y juguetes para mí, juguetes raros que no eran como Mickey Mouse, sino figuras de guerreros, samuráis, caballos y dragones de esos países que Harry visitaba. Mamá no le contestaba las cartas, pero Harry le escribió durante mucho tiempo hasta que sus cartas dejaron de llegar.

Otros señores se interesaron en mamá y venían a visitarla al apartamento, pero ella no les prestaba atención. A veces no contestaba el timbre. Hubo uno, un profesor de la universidad, que le propuso matrimonio. –Ja, dijo mamá. Lo que me faltaba. Ni en sueños. Casarme con un tipo tan aburrido, ni loca. Esa vez pensé que a mamá solo le gustan los hombres raros, como papá o el detective.

Capítulo 60

A mamá le faltan sus hermanas, aunque sea para discutir. Le faltan sus amigas, para recordar el colegio. Y aunque no lo dice, le falta papá. Para pelear, para viajar, para sentirse bonita, para bailar en la oscuridad.

De todo lo que no tiene, en lo que más piensa mamá es en Cartagena. Allá conoció a papá. Aquí no está contenta, aquí va a la playa y se sienta a llorar. Mamá quiere sentirse segura, con sus hermanas, en su ciudad. Mamá quiere ser el Hada del Azúcar. No quiere estar entre extraños. Ya no canta en las mañanas.

Así que una mañana organiza el viaje para Cartagena. No le importan los consejos de mi tío, ni los ruegos míos. Nada la hace cambiar de opinión. Como antes, quiere hacer nuevos planes, volver a andar.

Capítulo 61

No me quería ir. Vi las maletas en la entrada del cuarto junto a unas cajas de cartón amarradas con una cuerda. Mamá hablaba con mi tío en el pasillo y miraban hacia mí, pero no alcancé a escuchar lo que decían. Yo tenía la mochila en mis piernas y estaba sentado en el lugar en que veía televisión en las noches. Miré las paredes azules, la luz blanca de la lámpara, la cama que mi tío me compró, el balcón a donde llegaban los pajaritos a cantar en las mañanas y el barco de madera en un rincón con todos los marineritos apilados a su lado. La habitación vacía se veía más grande y silenciosa que cuando llegamos a vivir al apartamento.

No quise revisar por si algo se me quedaba, que más daba. En otro tiempo hubiera llorado, pero no ahora. Volví a mirar las cajas de cartón y pensé que siempre me acompañaban a todas partes, cuando las veía en la puerta sabía que teníamos que irnos a otro lugar, pero esta vez no tenían la mercancía de papá, sino que estaban llenas de los libros que mi tío me había regalado, y pensé que tal vez eran algo bueno que me acompañaría mucho tiempo.

Quise decirle a mamá que me sentía a gusto viviendo con mi tío, que ya había aprendido a amarrarme los cordones, que no quería ser invisible, que tal vez no deberíamos irnos esta vez, pero sabía que era inútil, así que me levanté y me dirigí a la puerta.